

ASTOR «EL CRUEL»

Joseph Berna

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

517 - *La invasión de los seres sin cuerpo* - Kelltom McIntire
518 - *La amenaza del décimo planeta* - A. Thorkent
519 - *Planeta sin ley* - Ralph Barby
520 - *Intriga galáctica* - A. Thorkent
521 - *El hombre que vendió la Tierra* - Clark Carrados

JOSEPH
BERNA

ASTOR «EL CRUEL»

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 522
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES –
CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 19.938 – 1980

Impreso en España - Printed in Spain
1.ª edición: agosto, 1980

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPÍTULO PRIMERO

En el amplio puente de mando de la ***TIROX-2001,*** astronave terrestre que en aquellos momentos exploraba una lejana y desconocida galaxia, tenía lugar una ceremonia insólita.

Insólita por desarrollarse en una astronave, claro, porque la ceremonia en sí no tenía nada de extraña.

Se trataba, sencillamente, de un casamiento.

Víctor Salnikov, comandante de la ***TIROX-2001,*** un hombre de treinta y siete años de edad, elevada estatura, hombros robustos y facciones varoniles, estaba uniendo en matrimonio a Lars Chandler y a Andrea Hughes.

Víctor Salnikov, por su condición de comandante de la astronave, estaba facultado para casar legalmente a miembros de su tripulación, pero era la primera vez que tal cosa sucedía.

De ahí su sorpresa cuando Lars Chandler, segundo de a bordo, le pidió que los casara a él y a Andrea Hughes, una de las mujeres más atractivas y esbeltas de la tripulación.

Una tripulación numerosa, porque la ***TIROX-2001*** era una astronave de colosales dimensiones, capacitada para realizar viajes de larga duración y alcanzar fantásticas velocidades.

El comandante Salnikov trató de disuadir a Lars Chandler, aconsejándole que esperara a que regresasen a la Tierra para unirse en matrimonio a Andrea Hughes.

Fue inútil.

Lars Chandler, de veintiocho años de edad, alto, atlético, pelo rubio, abundante y rebelde, y facciones agradables, no quiso esperar, y Víctor Salnikov no tuvo más remedio que acceder.

La noticia de que Lars y Andrea iban a contraer matrimonio a bordo produjo un gran alborozo entre los demás miembros de la tripulación.

Iba a ser todo un acontecimiento, desde luego.

A la ceremonia asistió la tripulación entera.

El comandante Salnikov, después de pronunciar las palabras de rigor, concluyó el acto preguntando:

—Lars Chandler..., ¿aceptas por esposa a Andrea Hughes?

Lars miró a los ojos a su novia y respondió:

—Sí.

—Andrea Hughes..., ¿aceptas por esposo a Lars Chandler?

Andrea, veinticuatro años de edad, pelo y ojos muy negros, boca grande y sensual, miró tiernamente a su novio y asintió:

—Sí.

—Yo os declaro marido y mujer —sonrió Víctor Salnikov, cerrando el libro que había utilizado en la ceremonia.

Lars y Andrea se besaron largamente, mientras el resto de los miembros de la tripulación aplaudían y vitoreaban a los novios.

Los hombres querían besar a la novia.

Las mujeres, al novio.

Víctor Salnikov los frenó a todos, abusando de su

autoridad, y dijo astutamente:

—Como comandante de la astronave y juez de la ceremonia, me corresponde el derecho de ser el primero en besar a la novia.

—Desde luego, señor —sonrió Lars, soltando a Andrea.

El comandante Salnikov **tomó** por los hombros a la recién casada y besó sus rojos y apetecibles labios, diciendo seguidamente:

—Os deseo toda la felicidad del Universo, Andrea.

—Gracias, comandante —le sonrió encantadoramente ella.

Salnikov fue a estrechar la mano de Lars, pero éste ya había sido rodeado por las mujeres de la tripulación y estaba siendo besado y abrazado efusivamente por ellas.

Socarronamente, el comandante de la ***TIROX-2001*** dijo:

—También estoy facultado para divorciar a las parejas, Andrea.

Andrea Hughes rio la broma de Víctor Salnikov.

—No soy celosa, comandante.

—Espero que Lars tampoco lo sea… —murmuró Salnikov, al ver con qué entusiasmo era besada y estrujada la hermosa Andrea por los hombres de la tripulación.

Tras la lluvia de abrazos y besos, se descorcharon unas cuantas botellas de champaña y todo el mundo brindó por la felicidad de la pareja.

Lars y Andrea vaciaron sus copas de un tirón, como si se hubiesen puesto de acuerdo para ello.

Luego el segundo de a bordo tomó de la mano a su esposa y dijo:

—Seguid bebiendo, muchachos. Andrea y yo tenemos algo que hacer.

Se escucharon risas y algunas frases picantes.

Lars y Andrea, riendo también, abandonaron rápidamente el puente de mando.

El primero preguntó:

—¿En tu camarote o en el mío?

—Lo mismo da —respondió ella.

—En el mío, pues.

—De acuerdo.

Corrieron hacia el camarote.

Tenían prisa.

No, no era la primera vez que iban a hacer el amor; ni mucho menos.

Pero sí iba a ser la primera vez que uniesen sus cuerpos desnudos siendo marido y mujer.

Esa era la novedad.

Lo que iba a hacer que el acto amoroso fuese distinto.

Más entrañable.

Más verdadero…

Y Andrea ya no tendría que tomar píldoras anticonceptivas.

Aunque se quedase embarazada a las primeras de cambio, la ***TIROX-2001*** estaría de regreso en la Tierra mucho antes de que ella diese a luz.

No habría, pues, problema alguno.

Ya estaba frente al camarote de Lars Chandler.

Apenas entrar en él, Lars abrazó a Andrea y la besó

apasionadamente.

Ella le cercó el cuello con sus brazos y le devolvió el beso con idéntico ardor.

Tras la prolongada e intensa unión de sus bocas, se despojaron de los plateados cintos, las doradas botas, y los ajustados trajes espaciales —rojo el de Lars y amarillo el de Andrea—, quedando ambos en slip, mucho más reducido el de Andrea.

Volvieron a abrazarse y besarse así, prácticamente desnudos.

Las manos de Lars acariciaron suavemente la tersa y cálida espalda de Andrea, sus torneadas y firmes caderas, sus redondas nalgas... Poco después, ascendían por sus costados y alcanzaban sus pechos, amplios y duros, cuyos oscuros pezones se levantaron tan pronto como los dedos varoniles empezaron a manipularlos sabiamente.

Andrea se estremeció entre los fuertes brazos de Lars, como siempre que él acariciaba su cuerpo tan hábilmente.

Algunos segundos después, caían los dos sobre la cama, donde siguieron besándose y acariciándose mutuamente, cada vez con mayor avidez.

Sus respectivos slips no tardaron en volar por los aires.

Lars acarició entonces el poblado pubis de Andrea; su intimidad, húmeda y palpitante...

Andrea se agitó bajo el cuerpo masculino, entre profundos suspiros y jadeos de ansiedad.

—Lars... —pronunció, suplicante.

—En seguida, amor mío —respondió él,

colocándose entre las piernas de ella, que ya le esperaban, entreabiertas y temblorosas, como si fuera la primera vez que lo recibía íntimamente.

—Te quiero, te quiero…

—Y yo a ti, Andrea —repuso Lars, y la penetró, con la misma ternura y la misma delicadeza de siempre.

Luego la siguió besando y acariciando, mientras la poseía, cada vez con mayor vigor, hasta que el placer supremo los sacudió a los dos, haciendo gritar a Andrea, que se aferró con deliciosa desesperación a la musculosa espalda de Lars.

Después del largo e intenso orgasmo, vino el dulce relajamiento, hallándose todavía el uno en brazos del otro.

—Qué feliz soy, Lars —confesó Andrea, acariciándole el pelo.

—Dudo que lo seas tanto como yo —repuso él, besando cálidamente sus hombros, sus senos, sus pezones, erguidos todavía.

—Lo soy tanto o más.

—Más, imposible.

—Bueno, pues tanto como tú.

—¿Me darás un hijo, Andrea?

—Claro.

—¿Cuándo?

—Dentro de nueve meses, supongo.

—Me gustaría que fuera antes.

—Me temo que no será posible.

—Qué lástima.

—¿Tanto te ilusiona ser padre?

—Muchísimo. Quisiera despertarme mañana y encontrármelo ya aquí, sobre la cama.

Andrea rio.

—Estás loco, Lars.

—Por ti, ya lo sabes.

—Duérmete, anda.

—De eso, nada. Es nuestra noche de bodas y tenemos que aprovecharla al máximo.

—Por mí, encantada —sonrió Andrea.

Fue una noche realmente maravillosa, y siempre la recordarían.

Pero aún recordarían más el despertar.

Especialmente, Lars, porque él fue quien primero descubrió… lo que descubrió.

Se quedó perplejo.

Atónito.

Estupefacto.

Y, realmente, había motivos para ello.

Allí, junto a él, sobre la cama, chupándose el dedito gordo del pie, había un bebé.

Y el bebé le sonrió.

CAPÍTULO II

Lars Chandler tardó bastante en reaccionar.

Lo primero que pensó, cuando su cerebro fue capaz de razonar, fue que estaba soñando.

Sí, demonios, eso debía ser.

Como la noche pasada le había dicho a Andrea que le gustaría encontrarse un hijo allí, sobre la cama, al despertarse, ahora soñaba que eso había sucedido.

Lars se pellizcó el brazo, para ver si se despertaba.

Sintió dolor, porque se pellizcó con fuerza; pero nada cambió.

El bebé seguía allí, sobre la cama, chupa que te chupa el dedo gordo del pie.

Y, de cuando en cuando, sonrisita.

Como si alguien le estuviese haciendo cosquillas en la barriguita.

Lars Chandler llegó forzosamente a la conclusión de que él no estaba dormido, sino despierto.

De sueños, por tanto nada.

El bebé estaba allí.

Era real.

De carne y hueso.

Para que no pudiera quedarle duda alguna, Lars alargó la mano y le tocó las piernecitas.

—Ajo... —dijo el bebé, sonriéndole.

—Tu padre —rezongó Lars, quien, un segundo después, rectificaba nerviosamente—: No, retiro lo dicho, porque tu padre puedo ser yo, criatura... Pero ¿qué tonterías estoy diciendo? —se abofeteó a sí

mismo—. ¿Cómo voy a ser yo tu padre, si te encargué anoche? ¡Hacen falta nueve meses para que un bebé salga del vientre de su madre! O un poco menos, si es prematuro... ¡Dios, yo voy a volverme loco! ¡Andrea...! —llamó, porque su esposa no estaba en la cama.

Andrea Hughes no le respondió.

Lars, creyendo que se hallaba en el cuarto de baño, cuya puerta estaba cerrada, brincó de la cama, completamente desnudo, y corrió hacia allí.

—¡Andrea...!

Abrió la puerta.

Lars se quedó muy quieto.

El baño estaba vacío.

¿Dónde diablos se hallaba Andrea, pues?

Lars se volvió.

Lentamente.

El traje de Andrea seguía en el suelo del camarote.

Como sus botas.

Como su cinto.

Como su breve slip...

Si había abandonado el camarote, lo había hecho completamente desnuda.

Y forzosamente tenía que haberlo abandonado, puesto que no se encontraba en él.

Para mayor seguridad, Lars miró debajo de la cama y en el armario de la ropa.

Como si buscara a un ladrón.

Nada.

Andrea se había largado.

¡Y se había largado en cueros!

¿Adónde?

¿Por qué?

¿Cuándo?

¿Y de dónde diablos había salido el bebé…?

Lars Chandler volvió a fijarse en él.

Era una niña.

Una niña gordita, preciosa de verdad.

¿Tiempo…?

Lars no sabía calcular muy bien el tiempo de un bebé, pero si ya tenía fuerza suficiente para llevarse el pie a la boca, sonreía, y sabía decir «ajo», es que tenía tres o cuatro meses, por lo menos.

Con movimientos propios de un autómata, se puso el slip, el traje, las botas y el cinto, todo ello sin apartar la mirada del simpático y misterioso bebé.

Completamente vestido ya, se acercó a la cama y se sentó en ella.

Observó fijamente a la niñita.

Tenía los ojos muy negros.

Como Andrea…

Lars respingó.

¿Por qué había tenido ese pensamiento?

¿Qué tenía que ver el bebé con Andrea?

Nada de nada.

Que la niñita y ella tuvieran los ojos muy negros, era sólo una casualidad.

Inconscientemente, Lars Chandler acercó su mano al rostro de la hermosa criatura.

Ella le cogió el dedo índice y se lo apretó con su manita, cálida y suave, al tiempo que le sonreía.

—Ajo… —volvió a decir el bebé.

Lars no pudo reprimir una sonrisa.

—Pero qué niña tan cariñosa... —murmuró, y se atrevió a cogerla en brazos.

No debió hacerlo.

La niña pareció que estaba esperando que él la cogiera para expulsar líquido por la rajita que denunciaba su condición de mujer, y cuando el segundo de a bordo de ***la TIROX- 2001*** vino a darse cuenta, ya tenía el traje mojado.

—Vaya, tenías que mearte ahora que yo te tengo en brazos —rezongó Lars.

—Ajo... —le sonrió ella, graciosamente.

—Tu padre. Y ahora no lo retiro, porque sé que no soy yo —gruñó Lars, y volvió a dejar a la niña en la cama.

Ella, al instante se puso a llorar.

¡Y cómo!

No hubiera llorado más fuerte de haberle pinchado el culo con un alfiler, seguro.

—Vaya pulmones, compañera —dijo Lars, y no tuvo más remedio que cogerla de nuevo en brazos, para ver si se callaba.

Pero no.

La niña siguió llorando.

Chillando, más bien.

—Tú serás cantante de ópera, seguro —masculló Lars.

Se puso en pie y paseó a la criatura por el camarote, confiando en que tal vez así, con el meneíto...

Ni meneíto ni nada.

La cría siguió berreando que había que oírla.

A Lars Chandler empezaron a dolerle los tímpanos.

—¿Llorará porque tiene la «cosita» mojada…? —se preguntó en voz alta.

Volvió a dejar a la niña sobre la cama y le secó bien las piernas y lo que le pedirían los hombres, cuando fuese mayor. Luego, le cogió los pies y se los levantó, para secarle también el culito.

Entonces descubrió algo que le llenó de estupefacción.

En la nalga derecha, la niña tenía un precioso lunar en forma de corazón.

¡Andrea Hughes también lo tenía!

¡En la misma nalga, la derecha!

¡Idéntico a aquél!

Lars Chandler, pálido, soltó los piececitos de la niña, quien por cierto había dejado de llorar, demostrando con ello que sí, que antes lloraba porque no le gustaba sentirse mojada.

El segundo de a bordo de la ***TIROX-2001*** no quería pensarlo, porque reconocía que era un tremendo disparate, pero… ¡aquella niñita de pocos meses podía ser Andrea Hughes, su esposa!

CAPÍTULO III

El comandante Salnikov se hallaba en el puente de mando de la ***TIROX-2001,*** esperando que Lars Chandler apareciera.

Normalmente, Víctor Salnikov se retiraba a descansar cuando su segundo le sustituía en el puente; pero, en esta ocasión, no iba a ser así.

Hacía tan sólo un par de horas, habían descubierto un planeta muy parecido a la Tierra en cuanto a color y forma se refería, pero mucho más pequeño.

Por los datos facilitados por la computadora, se desprendía que era muy posible que el planeta estuviese habitado, puesto que reunía las características necesarias para que la vida fuese posible en él.

Tenía atmósfera, con la suficiente cantidad de oxígeno libre...

Agua...

Abundante vegetación...

Una temperatura ideal...

El comandante Salnikov estaba deseando explorar el pequeño planeta, y pensaba hacerlo tan pronto como Lars Chandler se presentase en el puente.

De haber sido otras las circunstancias, Víctor Salnikov hubiese despertado a su segundo en el mismo instante en que descubrieron el azulado planeta.

Y estuvo a punto de hacerlo.

No obstante, se contuvo.

Noche de bodas no hay más que una —salvo que

uno se case más de una vez, claro—, y al comandante Salnikov le supo mal despertar a Lars Chandler, a quien adivinaba deliciosamente rendido.

Tan deliciosamente rendido como Andrea Hughes, su bella esposa.

«¡Ah!, el amor…», pensó Salnikov, suspirando, y se resignó a visitar el planeta cuando Lars Chandler acudiera al puente de mando.

Hasta entonces, la ***TIROX-2001*** giraría en torno al pequeño mundo, en órbita artificial.

Lars Chandler apareció por fin en el puente.

Despeinado.

Pálido.

Desencajado…

Víctor Salnikov y los miembros de la tripulación que se hallaban con él en el puente de mando no supieron disimular su sorpresa.

Esperaban que Lars Chandler acusase los excesos naturales de una noche de bodas, pero no tanto…

Lejos estaban ellos de suponer que el aspecto de Lars Chandler no tenía nada que ver con los excesos sexuales de su noche de bodas.

El segundo de a bordo de la ***TIROX-2001*** fue directamente hacia Víctor Salnikov.

—Buenos días, comandante.

—No parece que lo sean para ti, muchacho —sonrió Salnikov.

—Desde luego que no, señor.

—No debiste abusar tanto, Lars. Comprendo que Andrea es una mujer muy deseable, pero…

—Andrea no tiene nada que ver en esto,

comandante.

—¿Seguro...?

—Bueno, sí, tiene mucho que ver —rectificó Lars.

—Ya decía yo —volvió a sonreír Salnikov.

—Pero no sexualmente, comandante. En ese aspecto, todo fue muy bien.

—Claro.

—Lo malo fue cuando me desperté.

—Te dolían los riñones, ¿eh?

—No me dolían nada.

—¡Muchacho, tú eres de hierro! —exclamó Salnikov, riendo.

—No se ría, comandante, que la cosa es muy seria.

—Cuenta, Lars, cuenta.

—Tengo un bebé en mi camarote.

—Encargado, supongo.

—Encargado... y traído.

Víctor Salnikov abrió la boca cómicamente.

—¿Lo encargaste anoche, y ha nacido ya...?

—Eso pensé yo al principio; pero no es así, claro.

—Claro.

—El bebé tiene tres o cuatro meses, por lo menos.

—Qué mayor.

—Ya sonríe.

—Qué simpático...

—Y se chupa el dedo gordo del pie.

—Qué rico...

—Y dice «ajo».

—Qué mono...

—No es un mono, es un bebé.

—Un bebé muy mono, quise decir —carraspeó

Salnikov, conteniendo la risa a duras penas.

Lars Chandler apretó los dientes.

—No me cree, ¿eh, comandante?

—Bueno, yo... —tosió Salnikov.

—Venga conmigo.

—¿Adónde?

—A mi camarote.

—¿Para qué?

—Le presentaré al bebé.

—Lars...

El segundo de a bordo de la ***TIROX-2001*** cogió del brazo a su superior y tiró de él.

—Vamos, comandante.

—Lars, por favor.

—Tiene usted que venir, comandante. Hasta que no vea al bebé con sus propios ojos, no creerá que existe.

—No puede existir, Lars.

—Pues existe.

El comandante Salnikov no quiso discutir con su segundo.

Al fin y al cabo, sólo perdería unos minutos yendo al camarote de Lars Chandler.

Tanto rato llevaba esperando ya, para visitar el pequeño planeta azul, que por un poco más...

Llegaron al camarote de Lars.

Este abrió la puerta, utilizando su mando de control remoto, e indicó:

—Entre, comandante.

Salnikov penetró en el camarote.

Lars entró también.

Casi tropezó con su superior, pues éste se había quedado parado de pronto, con un pie en alto.

Acababa de descubrir a la niña.

Desnudita sobre la cama.

Con el dedo gordo del pie derecho en la boca, chupándolo como si fuera una piruleta.

—¿Qué me dice ahora, comandante...? —preguntó Lars, cruzándose de brazos.

Víctor Salnikov no dijo nada.

El asombro le impedía hablar.

Y moverse.

Ni siquiera podía bajar el pie que tenía en alto.

Finalmente, y tras boquear varias veces como un pez, consiguió balbucir:

—Era..., era cierto...

—Claro que era cierto.

—¡El bebé existe!

—Sí, comandante; el bebé existe. Con todo, lo más asombroso no es que el bebé exista, sino que sospecho que este bebé es... Andrea Hughes, mi esposa.

Víctor Salnikov movió lentamente la cabeza y miró a su segundo con unos ojos como platos.

—¿Que es quién...?

—Andrea, señor.

—¿En qué te basas para afirmar que...?

—En primer lugar, que Andrea ha desaparecido. Cuando me desperté, ya no estaba en el camarote. Su ropa, sin embargo, sigue ahí, en el suelo, como puede ver... Tendría que haber abandonado el camarote completamente desnuda, y Andrea no es capaz de eso. Sería absurdo, además.

—Con..., continúa, Lars... —rogó Salnikov, con un hilo de voz.

—Fíjese en la niña, comandante.

Salnikov volvió a posar su perpleja mirada en la criatura.

—Tiene los ojos muy negros, como Andrea —señaló Lars, que se había acercado a la cama—. Y un lunar en forma de corazón en la nalga derecha. ¿Lo ve? —levantó las piernecitas de la niña.

—¿Andrea también lo tiene, Lars? —preguntó quedamente Salnikov.

—Así es, señor.

—Sorprendente...

Lars bajó las piernas de la niña e insistió:

—Es Andrea, comandante. Ignoro cómo ha podido suceder, pero, mientras yo dormía, Andrea ha regresado física y mentalmente a su infancia. Se ha convertido en la niña que era hace veinticuatro años. Y así me la encontré yo, al despertar...

Víctor Salnikov cerró los ojos y se apretó la cara con fuerza.

—¿Seguro que no estamos soñando, Lars?

—Pellízquese, si quiere, comandante. Yo ya lo hice, y no sirvió de nada. Esto es real; absurdo, pero real.

—Quizá tenga algo que ver el planeta que hemos descubierto... —murmuró Salnikov.

—¿Planeta...? ¿Qué planeta?

Salnikov informó a su segundo.

Este cabeceó.

—Es posible que esté en lo cierto, comandante. El

hecho ocurrió cerca de ese desconocido planeta, y es lógico pensar que tenga que ver en ello.

—Habrá que averiguarlo, Lars.

—Yendo al planeta, ¿no?

—Sí.

—Vayamos, comandante. Y cuanto antes.

—¿Qué hacemos con Andrea? No puede quedarse aquí, sola en el camarote...

—Desde luego que no. Se la llevaremos a la doctora Corbu. Cuidará de ella, mientras estemos en ese misterioso planeta.

—Buena idea, Lars. Pero no sé si la doctora Corbu nos creerá cuando le contemos que...

—Seguro que no, comandante —sonrió Lars, y tomó en brazos a la niña.

A Andrea Hughes.

A su esposa...

CAPÍTULO IV

La puerta del hangar de la ***TIROX-2001*** se abrió y dos pequeñas naves de reconocimiento, la ***Halcón-I*** y la ***Halcón-II,*** salieron de él, poniendo rumbo al misterioso planeta azul.

La ***Halcón-I*** era pilotada por el comandante Salnikov, a quien acompañaban tres miembros de su tripulación.

De pilotar la ***Halcón-II*** se encargaba Lars Chandler, igualmente acompañado de tres miembros de la tripulación.

Las dos pequeñas naves, capacitadas para desarrollar grandes velocidades si ello se hacía necesario, y dotadas de las más modernas armas de combate, alcanzaron el planeta en sólo unos minutos.

Sobrevolaron un mar de azuladas y serenas aguas, las cuales bañaban una larga playa de limpia y dorada arena.

Tras la playa, desierta, crecían altas palmeras y exóticos árboles, de frondoso ramaje, formando una especie de selva, en la cual podían esconderse infinidad de peligrosos animales.

Desde el aire, al menos, era imposible descubrirlos, dada la altura y espesura de la vegetación.

De pronto, el comandante Salnikov descubrió algo que le hizo respingar en el asiento.

—¡Lars! —llamó.

—¿Sí, comandante...? —respondió el segundo de a bordo de la ***TIROX-2001,*** a través del transmisor con

pantalla.

—¡Allí, en la playa!

—¡Es una mujer! —exclamó Lars.

—¡Sí, y está atada a un poste!

—¡Acudamos en su ayuda, comandante!

—¡Vamos para allá!

El comandante Salnikov realizó la oportuna maniobra y la ***Halcón-I*** se dirigió hacia la playa, seguida de la ***Halcón-II,*** que había realizado idéntica maniobra.

Segundos después, ambas naves se posaban suavemente sobre la fina arena, a unos veinte metros del poste al cual se hallaba sujeta la mujer.

Una mujer joven.

Veintidós o veintitrés años, a lo sumo.

Cabello largo y rojizo; precioso.

La muchacha también lo era.

Y poseía un cuerpo espléndido.

Esto podía apreciarse porque la chica vestía una ligera túnica azul celeste, tan corta, que el pantaloncito, plateado, asomaba por debajo.

La joven, que estaba descalza, mantenía los brazos juntos y en alto, y una sólida liana aprisionaba sus muñecas, sujetándolas a la gruesa argolla que el poste, clavado en la arena, tenía en su parte superior.

Otra liana cercaba la delgada cintura de la muchacha, impidiéndole separar el cuerpo del poste.

El gesto de la chica, de infinito terror cuando Víctor Salnikov y Lars Chandler la descubrieron, era ahora de asombro, debido sin duda a la aparición de las dos pequeñas naves terrestres, lógicamente

extrañas y desconocidas para ella.

Las contemplaba con los ojos muy abiertos.

Unos ojos grandes y rasgados, de pupilas verde esmeralda, protegidos por unas pestañas largas y arqueadas.

La boca de la muchacha también se abrió.

Como para decir algo.

Sin embargo, ningún sonido salió de su garganta.

El comandante Salnikov, Lars Chandler, y los otros seis miembros de la tripulación, todos ellos varones, descendieron de las naves.

Víctor Salnikov extrajo su pistola de rayos láser de la funda.

Lars Chandler hizo lo propio.

Los otros seis hombres empuñaban sendos fusiles de rayos infrarrojos.

Estas precauciones eran lógicas, porque cualquiera sabía lo que podía surgir de la espesa jungla que había tras la playa.

Hacia allí miraban todos, mientras se acercaban a la atractiva muchacha que estaba atada al poste.

Fue un error que miraran hacia la selva, porque el peligro no surgió de allí, sino del mar.

Un peligro lento.

Silencioso.

Pero capaz, sin embargo, de acabar con todos ellos si no lo descubrían a tiempo...

Y seguramente no lo hubieran descubierto, de no ser porque la hermosa pelirroja, que sí sabía la clase de peligro que podía surgir del mar, miró hacia allí y vio que ese peligro ya había hecho su aparición.

El gesto de la muchacha volvió a ser de terror.
Chilló.
Con todas sus fuerzas.
El comandante Salnikov, Lars Chandler, y los otros seis hombres se volvieron en el acto.
Por un instante, los ocho se quedaron paralizados de terror.
Ciertamente, no era para menos.
Más de una docena de cangrejos habían surgido del mar.
Dicho así, parece una tontería.
Uno los aplasta con el pie y en paz.
Pero no.
Aquellos cangrejos no podían aplastarse con el pie.
Ni siquiera un elefante podría aplastarlos con sus amplias y poderosas patas.
Eran demasiado gigantescos.
Demasiado monstruosos.
Demasiado escalofriantes.
Y seguían saliendo del mar…
Los primeros ya estaban muy cerca del grupo de terrestres y de la muchacha que les había sido ofrecida como víctima.
Mira por dónde, las víctimas podían ser nueve.
Todo un banquete.
Por fortuna, el comandante Salnikov y sus hombres reaccionaron a tiempo y se pusieron a disparar como locos contra la horda de espeluznantes cangrejos, abrasando su enorme y verdoso caparazón.
Los gigantescos bichos rugieron de dolor y encogieron sus gruesas pinzas, interrumpiendo su

lento y siniestro avance.

Los terrestres siguieron disparando contra los animalotes.

—¡Duro con ellos, muchachos! —rugió Víctor Salnikov.

—¡No dejéis ni uno con vida! —añadió Lars Chandler.

Muy pronto, aquel trozo de playa estuvo sembrado de cangrejos muertos, abrasados sus desarrollados cuerpos; por los rayos láser e infrarrojos.

Pero como no paraban de salir más crustáceos decápodos del mar, y el comandante Salnikov temía que se agotaran las cargas de sus armas antes que los cangrejos vivos, ordenó:

—¡Suelta a la muchacha, Lars, y métela en una de las naves! ¡Tenemos que largarnos de aquí, pues hay más cangrejos gigantes que abejas en un panal!

—¡Entendido, comandante! —repuso Lars Chandler, desentendiéndose de los monstruosos cangrejos.

Se apresuró a soltar a la aterrada joven, partiendo las fuertes lianas que la sujetaban con su pistola de rayos láser.

La chica, apenas verse libre, echó a correr hacia la selva.

—¡Eh, tú! —gritó Lars, respingando—. ¡Detente, muchacha!

La joven siguió corriendo.

—¡Atrápala, Lars! —ordenó Salnikov, percatándose de la huida de la muchacha.

El segundo de a bordo de la ***TIROX-2001*** se lanzó

tras ella.

A toda velocidad, porque la chica corría como una liebre.

—¡Frena, pelirroja! —gritó Lars.

La joven no hizo caso.

Seguramente no entendía lo que el terrestre le decía, y como estaba muy asustada, sólo pensaba en alejarse lo más posible de los gigantescos cangrejos.

Lars Chandler se arrojó sobre las ágiles y torneadas piernas de la chica y se las trabó, haciéndola caer sobre la arena.

Ella dio un grito y trató de zafarse de él.

No pudo, porque Lars le sujetó los brazos contra la arena y le inmovilizó el cuerpo con el suyo.

La chica sólo podía mover la cabeza y las piernas.

Lo hizo.

Furiosamente.

Y sin dejar de gritar.

Lars, que no sabía qué hacer para que la histérica muchacha se calmara, tuvo de pronto una idea y no dudó en llevarla a la práctica.

Besó a la chica.

En la boca.

Esmerándose al máximo.

La cosa pareció dar resultado, pues la joven dejó de mover la cabeza y sus furiosos pataleos remitieron.

Treinta segundos después de que Lars Chandler pegara su boca a la de ella, la muchacha era una balsa de aceite.

No devolvía el beso, pero resultaba evidente que tampoco deseaba que terminara.

Cuando Lars retiró sus labios de los de la chica, carnosos y húmedos, ella tenía los ojos cerrados y una dulce expresión en su bello rostro.

—Eh, despierta… —dijo Lars, socarrón.

La muchacha abrió sus preciosos ojos.

—Clam… —musitó.

—¿Qué?

—Odem pula benca…

—Eso es chino para mí, guapa.

—¿Balam conca tem…?

—También.

—¿Yula com…?

Lars movió la cabeza en sentido negativo.

—Es inútil que insistas, preciosa. Yo no te pillo ni una, y creo que tú a mí tampoco. Pero tenemos que irnos, ¿sabes? Esos horribles cangrejos se nos quieren zampar, y no queremos darles ese gusto. Vamos, ponte en pie.

Ayudada por Lars, la chica se incorporó.

Esta vez, no intentó huir.

Lars la cogió de la mano y tiró de ella.

—Ven conmigo, no tengas miedo.

—¿Acamba…?

—Luego hablaremos de eso, encanto.

Lars llevó a la muchacha hasta las naves y la hizo subir a la *Halcón-II*.

—¡Misión cumplida, comandante! —hizo saber Lars.

—¡A las naves, muchachos! —ordenó Salnikov—. ¡Rápido!

Todos corrieron hacia ellas sin dejar de disparar

contra los monstruosos cangrejos que seguían saliendo del mar.

La retirada resultó muy oportuna, pues algunas de las armas ya estaban a punto de agotar su carga.

El comandante Salnikov y el resto de los hombres subieron rápidamente a las naves.

Escasos segundos después, la *Halcón-I* y la *Halcón-II* se elevaban, alejándose de aquel peligroso trozo de playa.

CAPÍTULO V

La muchacha rescatada ocupaba el asiento que estaba a la derecha de Lars Chandler.

Cuando la ***Halcón-II*** se elevó, la joven se agarró al sillón y exclamó:

—¡Pomba!

—Tranquila, no va a pasarte nada —le sonrió Lars.

—¡Eca lambo meta! —gritó la chica, cada vez más asustada.

—¿A que te doy otro beso? —amenazó Lars.

La muchacha se levantó de pronto la túnica y se cubrió la cara con ella.

Como bajo la túnica sólo llevaba el breve pantaloncito plateado, sus senos quedaron al descubierto.

Unos senos erguidos.

Túrgidos.

Exuberantes...

—¡Pero qué chica tan descarada! —exclamó Lars, bajándole la túnica de golpe.

La joven lo miró fijamente, como preguntándole por qué había hecho aquello.

—¡Porque tienes unos pechos muy tentadores, por eso! —barbotó Lars, haciendo reír a los tres miembros de la tripulación que iban con él.

La muchacha, sin decir nada, volvió a posar sus agrandados ojos en el mirador de la nave.

Al instante dio un grito y se desmayó.

—Hazte cargo de ella, Dieter —indicó el segundo

de a bordo de la ***TIROX-2001,*** suspirando.

—Sí, Lars —respondió el llamado Dieter, un joven de pelo rizado y facciones simpáticas.

En la pantalla del transmisor apareció la imagen de Víctor Salnikov.

—¿Ocurre algo, Lars,

—La muchacha, señor.

—¿Qué pasa con ella?

—Se ha desmayado.

—Vaya por Dios.

—Creo que jamás había subido en un aparato volador, y no ha podido resistir la impresión.

—Pobre muchacha. ¿Ha dicho algo, Lars?

—Bueno, como decir, ha dicho mucho.

—Pero tú no entendiste nada, ¿eh?

—Ni jota, comandante.

—Es lógico.

—¿Qué vamos a hacer con ella, señor?

—La llevaremos a la astronave. Allí tenemos medios para entendernos con la chica. Y nos urge. Tal vez ella pueda explicarnos lo que le pasó a Andrea Hughes.

—Ojalá.

—Volvemos a la ***TIROX-2001,*** Lars.

—A la orden, señor.

* * *

La ***Halcón-I*** y la ***Halcón-II*** ya estaban de nuevo en el hangar de la ***TIROX-2001.***

La muchacha rescatada seguía desmayada.

Lars Chandler la tomó en brazos y salió con ella de

la pequeña nave.

—Vayamos con la doctora Corbu, Lars —dijo el comandante Salnikov, después de ordenar a sus hombres que recargaran los fusiles de rayos infrarrojos.

Lars Chandler y Víctor Salnikov se encaminaron hacía el consultorio de la doctora Corbu.

Nadia Corbu contaba veintinueve años de edad, y era una bella mujer de piel morena, ojos castaños, labios llenos y brillantes, de esos que da gusto besar.

Víctor Salnikov lo sabía mejor que nadie, porque él los había besado cientos de veces.

Había hecho algo más que besar a la atractiva doctora Corbu, claro.

Ella le gustaba.

Le gustaba mucho.

Y él también le gustaba a la doctora Corbu.

Ella se lo demostraba cada vez que hacían el amor, entregándose a él sin reservas de ningún tipo, esforzándose por hacerle feliz.

Cuando Víctor Salnikov y Lars Chandler entraron en el consultorio, la doctora Corbu le estaba dando el biberón a Andrea Hughes.

Para el segundo de a bordo de la ***TIROX-2001*** fue todo un golpe ver a su esposa tomando un biberón, y por eso se quedó parado, mirando con fijeza a la niña, que tragaba glotonamente la leche.

—Tenía hambre y… —explicó Nadia Corbu.

—Comprendo —murmuró Lars.

La doctora Corbu se fijó en la joven que Lars traía en brazos, desvanecida.

—¿Quién es esa muchacha?

—La encontramos en ese misterioso planeta —respondió el comandante Salnikov, quien seguidamente relató a la doctora cómo habían hallado y rescatado a la chica.

—¡Qué espanto! —exclamó Nadia Corbu, horrorizada.

—Por fortuna, llegamos a tiempo de impedir que esos monstruosos cangrejos la devoraran —dijo Salnikov.

—En seguida me ocupo de esa pobre muchacha. ¿Quieres acabar de darle el biberón a Andrea, Lars?

—¿Yo...? —respingó el segundo de a bordo.

—Es tu mujer, ¿no? —sonrió irónicamente la doctora.

—Eso parece —rezongó Lars.

—Vamos, deja a la chica sobre la mesa de reconocimiento y hazte cargo de tu joven esposa.

—Y tan joven... —dijo Salnikov, soltando una risita.

—Les ruego a los dos que no se pitorreen —gruñó Lars.

Salnikov le palmeó la espalda.

—No te enfades, Lars. La doctora Corbu y yo comprendemos que estar casado con una niña de apenas cuatro meses es algo muy serio. ¿No es cierto, doctora?

—Desde luego —asintió Nadia Corbu.

—La doctora Corbu y usted son un par de guasones, comandante —gruñó de nuevo Lars, y depositó a la muchacha pelirroja en la mesa de

reconocimiento.

Luego se hizo cargo de Andrea, que seguía chupando de la goma del biberón que daba gusto verla.

La doctora Corbu había improvisado un pañal, y la niña ya no mostraba lo que tenía de mujer.

—Dadas las circunstancias, no me pareció correcto que... —explicó a Lars, con un brillo irónico en las pupilas—. Una mujer casada no debe ir enseñando por ahí ciertas cosas.

—Doctora, no me tire usted de la lengua —gruñó Lars.

Nadia Corbu y Víctor Salnikov no pudieron contener la risa.

La doctora se acercó a la desvanecida muchacha y se dispuso a examinarla, tomándole primeramente el pulso.

Lars Chandler no prestó la menor atención a lo que hacía la doctora Corbu con la chica pelirroja, pues bastante tenía él con lo de acabar de darle el biberón a Andrea Hughes.

De pronto, ocurrió algo sorprendente.

La niña empezó a hacerse grande.

Por segundos.

El pañal se le quedó pequeño y saltó, dejándola tan desnuda como cuando Lars la encontrara.

El segundo de a bordo de la ***TIROX-2001*** estaba tan perplejo que no acertaba a decir nada. Sólo miraba, con unos ojos como huevos de gallina.

Andrea Hughes seguía creciendo con rapidez.

Ya no era una niña de tres o cuatro meses, sino de

siete u ocho años.

Sin embargo, seguía chupando del biberón, como si no se diera cuenta de que ya no tenía edad para eso, sino para zamparse buenos bocadillos de jamón o de queso.

Escasos segundos después, la niña empezaba a convertirse en mujer.

Le crecieron los pechos, se ensancharon las aureolas de sus pezones, así como sus caderas, su pubis se llenó de vello oscuro y rizado...

Pese a todo, Andrea seguía tomándose el biberón con avidez.

La doctora Corbu y el comandante Salnikov, pendientes de la muchacha del pelo rojo, no se enteraban de nada.

Y como a Lars Chandler no le salía la voz...

Andrea Hughes alcanzó su tamaño normal.

El que tenía la noche anterior, cuando contrajo matrimonio con Lars.

Entonces, y sólo entonces, pareció darse cuenta de que ya no era una niña de pocos meses, sino una mujer hecha y derecha.

Bueno, derecha, todavía no, porque se hallaba tumbada sobre las piernas de su marido, el cual le cercaba la espalda con su brazo izquierdo.

Eso, sin embargo, no sorprendió en absoluto a Andrea.

El hallarse tumbada sobre las piernas de su marido, se entiende.

Tampoco el hallarse completamente desnuda, puesto que así había dormido toda la noche, lo mismo

que él.

Lo que llenó de perplejidad a Andrea Hughes fue que su marido le estuviese dando un biberón.

De un zarpazo retiró la goma de su boca y exclamó:

—¿Es que te has vuelto loco, Lars...?

El comandante Salnikov y la doctora Corbu respingaron a dúo al escuchar la voz de Andrea Hughes, y se volvieron en el acto.

—¡Andrea...! —exclamó Nadia Corbu.

—¡Ha recobrado su tamaño normal! —exclamó Víctor Salnikov.

Andrea Hughes, que todavía no había tenido tiempo de percatarse de que no se hallaba en el camarote de Lars Chandler, sino en el consultorio de la doctora Corbu, y que ésta y el comandante Salnikov se hallaban presentes, dio un chillido al descubrirlos y se cubrió rápidamente los pechos con un brazo y el pubis y el sexo con la otra mano.

—¡Doctora Corbu...! ¡Comandante Salnikov...! —exclamó, llena de estupor.

En ese preciso instante reaccionó Lars Chandler, quien, tras lanzar un grito de júbilo, exclamó:

—¡Vuelvo a estar casado con una mujer!

Un segundo después, abrazaba y besaba fervorosamente a Andrea Hughes.

CAPÍTULO VI

De haber sido otras las circunstancias, a Andrea Hughes le hubiera complacido mucho que Lars Chandler la abrazara y la besara con tanto fervor, pero no podía olvidar que el comandante Salnikov y la doctora Corbu se hallaban presentes.

¡Y menos aún que ella se hallaba completamente desnuda!

Tenía que buscar rápidamente algo con qué cubrirse.

No fue necesario que pidiera nada, pues Nadia Corbu, haciéndose cargo de lo embarazosa que debía de resultar aquella situación para Andrea Hughes, se despojó de su bata de doctora y se la ofreció a la joven.

—Ponte esto, Andrea.

—Gracias, doctora —respondió tímidamente la esposa de Lars, que seguía en brazos de éste.

Nadia Corbu tomó del brazo a Víctor Salnikov.

—Dese la vuelta, comandante —indicó, con una sonrisa.

Nunca se tuteaban, cuando se hallaba en presencia de algún miembro de la tripulación.

Salnikov obedeció.

Andrea Hughes se levantó de las rodillas de su marido y se puso rápidamente la bata.

—Ya puede volverse, comandante —dijo la doctora Corbu.

Víctor Salnikov se giró.

Vio que Andrea estaba mirando a Lars.

Severamente.

—¿Por qué dijiste antes que vuelves a estar casado con una mujer? —preguntó a su marido—. ¿Acaso lo estuviste en algún momento con una mona?

Lars rio.

—No te lo vas a creer, cariño, pero resulta que…

—Explícame también lo del biberón —le interrumpió ella—. ¿Qué querías, practicar para cuando tengamos un niño…?

—Bueno, verás, yo…

—¿Qué hacemos en el consultorio de la doctora Corbu? ¿Quién me trajo aquí? ¿Por qué estaba desnuda en tus rodillas?

Lars le cogió la mano.

—¿No recuerdas nada, Andrea?

—Recuerdo todo lo que pasó antes de que nos durmiéramos, pero no lo que ocurrió después. ¿Quieres explicármelo de una vez, Lars?

El segundo de a bordo de la *TIROX-2001* informó detalladamente a su esposa.

El asombro de Andrea Hughes fue tal, que se vio obligada a sentarse en una silla.

—Me convertí en una niña de apenas cuatro meses… —musitó, incrédula.

—Sí, Andrea —le acarició el cabello Lars.

—Una niña preciosa —sonrió la doctora Corbu.

—Que sonreía, decía «ajo», y se chupaba graciosamente el dedito gordo del pie —añadió el comandante Salnikov.

—Y me mojaste el traje, ¿sabes? —informó Lars.

—¿Que yo...?

—Sí, apenas te tomé en brazos. Y luego llorabas, porque te molestaba sentirte mojadita. Tuve que secarte bien con la sábana.

—¡Dios mío, qué vergüenza! —exclamó Andrea, cubriéndose el rostro con las manos.

Lars la abrazó cariñosamente.

—No tienes por qué avergonzarte, cariño. Eras una niña de sólo unos meses...

—Una niña meona, eso es lo que era.

—Bueno, peor hubiera sido que hubieses hecho otra cosa.

—¡Cállate, Lars, o me echaré a llorar!

Lars Chandler rio.

—Ya pasó todo, cariño. Vuelves a tener veinticuatro años, eres mi mujer y te sigo queriendo con locura.

—Lars tiene razón, Andrea —intervino la doctora Corbu—. Lo importante es que vuelves a ser la que eras.

Andrea Hughes retiró las manos de su rostro, rojo de vergüenza, y forzó una sonrisa.

—Gracias por prepararme un biberón, doctora Corbu.

—No hay de qué —sonrió Nadia.

—Agradécele también que improvisara un pañal y te lo pusiera —carraspeó Lars.

—¡Oh!, también me pusieron pañal... —respingó Andrea, y se cubrió la cara de nuevo, más roja aún que antes.

—Vamos, cariño, vamos —la abrazó nuevamente

Lars, conteniendo la risa, aunque no sin esfuerzo.

Al comandante Salnikov y la doctora Corbu también les costaba reprimirla.

En aquel momento, se escuchó un gemido.

Lo había emitido la muchacha pelirroja.

Todos se volvieron hacia ella.

—¡Está volviendo en sí! —exclamó Nadia Corbu.

En efecto; la chica se estaba despertando.

Al abrir los ojos, y verse en un lugar extraño para ella, incorporó el torso de golpe y quedó sentada en la mesa de reconocimiento.

Lo miró todo con ojos asustados.

La doctora Corbu tendió su mano hacia ella, al tiempo que sonreía dulcemente.

—¿Cómo te sientes, mucha...?

No llegó a acabar la frase, porque la chica brincó de la mesa de reconocimiento con sorprendente agilidad, impidiendo que Nadia Corbu pudiera tocarla con su mano.

Apenas sus descalzos pies tocaron el suelo, la muchacha corrió hacia Lars Chandler y se abrazó a él con fuerza.

—¡Tucam bena pula!

El segundo de a bordo de la ***TIROX-2001*** vaciló.

De no haber estado presente Andrea, seguramente no hubiera dudado en abrazar a su vez a la bella muchacha, pero así...

El comandante Salnikov, adivinando lo que le sucedía a su segundo, ordenó:

—Abrázala, Lars. La chica tiene miedo, y parece que sólo confía en ti. Eso hará que se sienta protegida

y se tranquilizará.

Lars Chandler rodeó a la muchacha con sus brazos y la estrechó contra su pecho, percibiendo nítidamente la firmeza de sus senos y el calor que emanaba de ellos.

—Vamos, pequeña, cálmate —dijo, en tono muy suave.

—No tan pequeña —gruñó Andrea Hughes, que había fruncido el ceño.

Lars tosió nerviosamente.

—Estoy cumpliendo órdenes, Andrea.

—Ya.

El comandante Salnikov rogó:

—Hazla hablar, Lars.

—¿Para qué, si no entendemos lo que dice?

—No importa. Es para que la muchacha se serene.

—Oh, entiendo.

Lars se separó ligeramente de la chica y le tomó suavemente la barbilla.

—¿Te sientes mejor, preciosa?

La respuesta de la joven fue darle un apretado beso en la boca.

—Se encuentra mejor, no hay duda —comentó socarronamente la doctora Corbu.

Andrea Hughes apretó los labios.

—¿No piensa usted hacer nada, comandante? La idea fue suya.

Víctor Salnikov carraspeó embarazosamente.

—Bueno, yo sólo le dije a Lars que hiciera hablar a la chica...

—Sí, pero es que ella no le deja —gruñó Andrea.

—Porque está nerviosa. Tal vez el beso la calme.

—O la ponga más nerviosa aún, que usted no sabe cómo besa Lars.

—Ni ganas —repuso Salnikov, en tono muy bajo.

Andrea Hughes no pudo aguantarse más y le arreó un pellizco en la nalga a su marido.

Lars Chandler separó inmediatamente su boca de la de la muchacha pelirroja y lanzó un aullido de lobo, porque los dedos pulgar e índice de su esposa aún mantenían aprisionada una buena porción de su nalga zurda.

La joven rescatada, que no sabía por qué se quejaba Lars, preguntó:

—¿Kemba ulam...?

—Sí, en el trasero —asintió Lars, con la cara arrugada.

—¿Secum...?

—Mi mujer, que no sabe que estoy cumpliendo órdenes.

—¡El comandante no te ordenó que la besaras! —rugió Andrea, fulminándolo con la mirada.

—Fue ella la que me besó a mí, Andrea —recordó Lars—. ¿Qué podía hacer yo?

—¡Abreviar la cosa, en vez de alargarla!

—Andrea, yo te aseguro que... —empezó a decir Lars, pero se interrumpió al ver que la muchacha pelirroja se disponía a besarle nuevamente. La frenó, suplicando—: No más besos, guapa, que mi mujer es capaz de arrancarme la nalga entera.

—¡Las dos!

—¿Lo oyes?

—¿Stamba…? —preguntó la chica del planeta azul.

—A pellizcos, sí —respondió Lars.

El comandante Salnikov carraspeó y dijo:

—Parece que la muchacha ya está tranquila, ¿no, doctora?

—Sí, desde luego —asintió Nadia Corbu.

—Con ganas de besuqueo, pero tranquila —rezongó Andrea.

—Cariño, por favor —rogó Lars.

—Vete a la porra, anda.

—Lars…

—¿Sí, comandante?

—Haz que la chica vuelva a tenderse en la mesa de reconocimiento.

—Lo intentaré.

Lars llevó a la joven hacia la mesa.

Ella no se opuso.

Tampoco ofreció resistencia cuando Lars la tendió en la alargada mesa.

Estaba claro que confiaba en él.

—Prepara el grabador de conocimientos cerebrales, doctora —indicó Salnikov.

—En seguida.

Cuando el sofisticado aparato estuvo dispuesto, el comandante Salnikov entregó un complicado casco rojo a su segundo, diciendo:

—Pónselo a la chica, Lars.

—No sé si se dejará.

—Siendo tú quien se lo coloque, no protestará.

—En seguida lo sabremos.

—Póntelo tú primero, para que ella vea que no

hace ningún daño.

—Buena idea, comandante.

Lars se colocó el casco, del cual salían algunos cables, todos ellos conectados al grabador de conocimientos cerebrales.

—¿Qué, estoy guapo? —preguntó a la muchacha.

—Atam colaba —respondió ella.

—Eso quiere decir que sí, seguro —sonrió Lars, despojándose del casco.

Se lo puso a la chica.

Ella preguntó:

—¿Seta abumba cua…?

—Sí, a ti también te favorece —respondió Lars.

—Payaso, más que payaso… —rezongó Andrea.

—Sólo trato de animar a la muchacha, Andrea —carraspeó Lars.

—Ya te animaré yo a ti, cuando estemos a solas.

—Lo estoy deseando, cariño.

El comandante Salnikov sonrió e indicó:

—Cuando quiera, doctora Corbu.

Nadia Corbu conectó el grabador de conocimientos cerebrales, gracias al cual esperaban poder comunicarse con la muchacha del pequeño planeta azul.

Desgraciadamente, no iba a ser así, porque alguien no quería que los conocimientos cerebrales de la joven pelirroja fuesen grabados por el aparato de los terrestres.

Y ese alguien hizo uso de su poder.

CAPÍTULO VII

Lo que le sucedió a la chica pelirroja fue lo mismo que le sucediera a Andrea Hughes la noche pasada, mientras dormía plácidamente junto a Lars Chandler, feliz y satisfecha.

Sí.

También la muchacha del pequeño y misterioso mundo inició el sorprendente regreso a su infancia.

Con mucha rapidez.

Y sin que ella se diera cuenta de nada.

De aparentar veintidós o veintitrés años, pasó a aparentar sólo quince o dieciséis.

Luego diez o doce.

Ya no tenía pechos.

Ni sus caderas eran amplias y redondas.

Ni sus muslos prietos y torneados...

La muchacha desaparecía por momentos bajo la túnica azul.

Su cabeza se había salido del casco rojo que debía absorber y trasladar sus conocimientos cerebrales al aparato que debía grabarlos, y sus piernas no tardarían en salirse también del pantaloncito plateado.

El comandante Salnikov, la doctora Corbu, Lars Chandler y Andrea Hughes presenciaban la transformación con ojos dilatados.

El segundo de a bordo de la *TIROX-2001* fue el primero en reaccionar.

Levantó la túnica azul, dejando al descubierto lo que había bajo ella.

Y lo que había bajo ella era una niñita de pocos meses, de ojos grandes y rasgados, pupilas verde esmeralda.

—Me temo que tendrá usted que improvisar otro pañal, doctora Corbu… —dijo Lars.

—Y preparar otro biberón… —añadió Víctor Salnikov.

—Esto es increíble —murmuró Andrea.

—Pero cierto —repuso Nadia Corbu—. Recuerda que a ti te sucedió lo mismo, Andrea.

—Sí, es verdad.

Las miradas de Lars Chandler y Víctor Salnikov se encontraron.

—¿Está pensando lo mismo que yo, comandante?

—Sí, Lars. Tenemos que volver a ese extraño y sorprendente planeta.

—Es lo que iba a sugerirle, comandante. Hay que desentrañar este misterio. No es lógico que mujeres de veintitantos años retornen a su infancia en cosa de segundos… para más tarde volver a su edad y físico normales.

—Es evidente que es ese pequeño planeta existe un ser con el suficiente poder para lograr una cosa así.

—Ese ser está loco, pues.

—Sí, es muy posible que lo esté. Pero no es tonto, desde luego. Devolvió a la muchacha a su infancia en el preciso instante en que nosotros nos disponíamos a grabar los conocimientos de su cerebro.

—¿Sospecha usted que lo hizo con el fin de impedirlo, comandante…?

—Juraría que sí, Lars.

—¿Y a Andrea? ¿Por qué la devolvió a ella a su infancia? ¿Y por qué la hizo regresar después a su edad real?

Víctor Salnikov se mesó el cabello.

—Para eso no tengo respuesta, Lars. Pero la obtendremos en el planeta, estoy seguro.

—Volvamos a él en seguida, comandante. Pueden estar sucediendo cosas horribles en ese pequeño mundo. Recuerde lo que le hubiera ocurrido a la chica pelirroja de no llegar nosotros a tiempo de salvarla. Aquellos monstruosos cangrejos la hubieran devorado.

—Tienes razón, Lars. No debemos perder más tiempo. Hágase cargo de la... niña, doctora Corbu —rogó Salnikov.

—Mientras siga siendo una niña, no habrá problemas. Pero si retorna a sus veintitantos años, y no ve a Lars por ninguna parte... —repuso Nadia Corbu.

Lars Chandler y Víctor Salnikov cambiaron una mirada, como consultándose en silencio.

De pronto, Andrea Hughes dijo:

—Tengo una idea, comandante. La doctora Corbu y yo iremos con ustedes. Con la niña, claro.

El comandante Salnikov miró a Nadia Corbu.

—¿Doctora...?

—Sería una solución, desde luego —opinó ella.

—Puede ser peligroso.

—¿Acaso aquí estamos seguras? Como al loco ese le dé por devolvernos a todos a nuestra época de lactantes, la *TIROX-2001* se convertirá en un jardín de infancia y no habrá quien nos ponga pañales y nos dé

el biberón cuando tengamos hambre. Horrible, ¿verdad, Andrea?

—¡Espantoso! —exclamó la esposa de Lars, riendo.

El comandante Salnikov, la doctora Corbu y Lars Chandler rieron también.

—¿Aprueba mi idea, comandante? —preguntó Andrea.

—Sí, no me parece tan descabellada —respondió Salnikov.

* * *

En esta ocasión, fueron tres las naves de reconocimiento que salieron del hangar de la ***TIROX-2001*** y pusieron rumbo al pequeño planeta azul.

En la ***Halcón-I,*** pilotada por el comandante Salnikov, iban Lars Chandler, Andrea Hughes y la doctora Corbu, la cual llevaba en brazos a la muchacha pelirroja convertida misteriosamente en niña de tres o cuatro meses.

Andrea ya no se cubría con la bata de doctora de Nadia Corbu.

Antes de partir de la ***TIROX-2001,*** había ido al camarote de Lars y se había puesto el slip, el traje, las botas y el cinto, del cual pendía ahora una pistola de rayos láser.

La doctora Corbu también iba armada.

El comandante Salnikov y Lars Chandler, por su parte, habían recargado sus pistolas.

Nadia Corbu llevaba un biberón preparado, por si la niña lo pedía.

También llevaba la túnica y el pantaloncito, por si ésta se volvía de pronto mujer y…

De momento, la niña lucía un improvisado pañal.

Pañal que, por cierto, mojó a los pocos segundos de haber abandonado la ***TIROX-2001,*** la muy zorra.

—Me alegra saber que no soy la única niña meona —dijo Andrea Hughes, haciendo reír a todos.

Las tres naves siguieron acercándose al pequeño mundo.

* * *

Poco después, sobrevolaban el mismo mar de antes.

No tardaron en descubrir el poste clavado en la arena y el numeroso de grupo de cangrejotes muertos.

A Andrea Hughes y la doctora Corbu se les erizó la piel al contemplar los monstruosos crustáceos.

—¿Por qué querrían darle a la muchacha un fin tan horroroso? —se preguntó en voz alta Nadia Corbu.

—Lo hubiéramos sabido de haber podido grabar los conocimientos de su cerebro —repuso Víctor Salnikov.

—Nadie se merece una muerte tan espantosa —dijo Andrea.

—Estamos de acuerdo, cariño —manifestó Lars.

Como en la interminable playa no encontraban ningún otro signo de vida, el comandante Salnikov dijo:

—Sobrevolaremos la selva, a ver si encontramos algo.

Después de dar las instrucciones oportunas a los

pilotos de las otras naves, Víctor Salnikov realizó una maniobra y dirigió la ***Halcón-I*** hacia la alta y espesa jungla.

La ***Halcón-II*** y la ***Halcón-III*** la siguieron de cerca, flanqueándola.

Empezaron a sobrevolar la selva.

Parecía tan interminable como la playa.

* * *

Algunos minutos después, sin embargo, descubrían un claro.

Y, en él, algo horrible.

Colgando de un poste colocado horizontalmente sobre otros dos postes verticales, que se hallaban clavados en la tierra, se veían dos hombres.

Jóvenes...

Fuertes...

Musculosos...

Se cubrían sólo con sucintos pantaloncitos color bronce, brillantes, e iban descalzos.

Los desgraciados se veían obligados a mantener las piernas muy encogidas, para evitar que la legión de gigantescos lagartos que se apiñaban bajo ellos se las cercenasen en alguna de sus feroces dentelladas.

Inevitablemente, eso acabaría por suceder, pues los dos hombres no podrían mantener indefinidamente las piernas encogidas.

Cuando el lógico cansancio de sus músculos hiciese mella en ellos, y las piernas les pesasen como el plomo, no tendrían más remedio que

bajarlas, y entonces…

Eso era lo más horrible de todo.

El sufrimiento.

La angustia.

La desesperación de aquellos dos hombres, que sabían que tarde o temprano sus miembros inferiores serían arrancados de cuajo por los enormes colmillos de los lagartos gigantes.

El pánico les hacía gritar como locos.

Bramar como bestias.

Incluso llorar como mujeres…

Tan espantoso espectáculo hizo estremecer de pies a cabeza a los doce terrestres que se acercaban en la *Halcón-I,* la *Halcón-II* y la *Halcón-III*.

El comandante Salnikov no dudó en ordenar:

—¡Acabad con esos monstruosos lagartos, muchachos!

Lars Chandler hizo funcionar el cañón de rayos láser de la *Halcón-I*.

Los de las otras dos naves también entraron en acción.

Los horripilantes lagartos empezaron a rugir y a retorcerse de dolor, al ser alcanzados por los rayos láser.

Pero sólo se retorcían durante unos pocos segundos.

Los poderosos rayos láser los convertían en masas de carne deformes y abrasadas, que sin duda despedían un hedor nauseabundo, y luego quedaban quietos.

En sólo un par de minutos, casi todos los lagartos encontraron la muerte.

Los pocos que aún conservaban la vida optaron por huir, moviendo velozmente sus cortas patas y dando rabiosos coletazos, llegando incluso a golpearse entre ellos.

Los terrestres, sin embargo, no estaban dispuestos a permitir que escapase ninguno y siguieron disparando contra los que buscaban la protección de la selva, hasta acabar con todos ellos.

Ni uno sólo consiguió alcanzar la espesura de la jungla.

Entonces, el comandante Salnikov dio orden de posarse en el claro, para liberar a los dos hombres que colgaban del poste horizontal, los cuales contemplaban las tres naves terrestres con ojos desmesuradamente abiertos.

Había asombro en sus miradas, pero no miedo.

Ambos comprendían que los tripulantes de aquellas extrañas naves les habían librado de la muerte.

De una muerte realmente espantosa…

CAPÍTULO VIII

La *Halcón l* fue la primera nave que se posó en el claro de la selva, sembrando ahora de lagartos gigantes muertos, haciéndolo a continuación la *Halcón-II* y la *Halcón-III*.

—Ustedes dos quédense en la nave, doctora Corbu —ordenó el comandante Salnikov.

—De acuerdo —respondió Nadia Corbu.

—Vamos, Lars. Tenemos que rescatar a esos dos desgraciados.

—Habrá que darse prisa, comandante. Este lugar parece aún más peligroso que la playa —repuso Lars Chandler.

—Y sin duda lo es.

Descendieron los dos de la nave, esgrimiendo ya sus pistolas de rayos láser.

De la *Halcón-II* y la *Halcón-III* descendieron un total de ocho hombres, armados con fusiles de rayos infrarrojos.

—¡Vigilad la selva, muchachos! —ordenó Salnikov—. ¡Lars y yo nos ocuparemos de liberar a estos dos hombres!

Los ocho miembros de la tripulación formaron un amplio círculo y apuntaron con sus fusiles hacia la espesura de la jungla, prestos a accionar el gatillo.

Víctor Salnikov y Lars Chandler corrieron hacia la pareja de víctimas, sorteando los cuerpos abrasados de los lagartos gigantes, que, en efecto,

despedían un hedor que hacía sentir deseos de vomitar.

Para poder desatar a los dos hombres, el comandante Salnikov y su segundo no tuvieron más remedio que trepar como monos por los postes verticales y alcanzar el poste horizontal, por el cual avanzaron con cuidado hasta tener al alcance de sus pistolas las lianas que sujetaban las manos de las víctimas al poste.

Hubieran podido disparar sin acercarse tanto, incluso desde abajo, pero entonces hubiesen corrido el riesgo de lastimar seriamente las manos de los dos hombres.

De ahí que no dudaron en tomarse la molestia de trepar hasta el poste horizontal, realizando casi un número circense.

Víctor Salnikov y Lars Chandler partieron las lianas con sus pistolas de rayos láser y los dos hombres cayeron al suelo, donde procedieron a soltarse las lianas que sujetaban sus pies.

Sus libertadores saltaron también a tierra, desde lo alto del poste, con envidiable agilidad.

—Estáis bien, ¿verdad, muchachos? —dijo Salnikov, palmeando amistosamente el hombro de uno de ellos.

Ninguno de los dos respondió.

Súbitamente, se escuchó un grito femenino.

Había sonado en el interior de la *Halcón-I*.

* * *

—¡Corramos, Lars! —gritó Víctor Salnikov,

lanzándose ya hacía la *Halcón-I.*

Lars Chandler también le dio a las piernas.

Alcanzaron la nave y subieron a ella, pistola en mano. Era la doctora Corbu quien había gritado, y en seguida comprendieron por qué.

La niña de pocos meses que tenía en brazos se estaba convirtiendo en mujer con sorprendente rapidez.

El improvisado pañal ya había saltado, claro.

Andrea Hughes se apresuró a tomar la túnica de la muchacha y su plateado pantaloncito, porque ya había algunas cosas que tapar.

Tuvo que esperar, sin embargo, a que la chica se transformara totalmente.

—¡Toma, ponte esto! ¡De prisa! —apremió, ofreciéndole el pantaloncito y la túnica.

Pero la muchacha no tomó las prendas.

A ella, por lo visto, no le importaba en absoluto hallarse desnuda.

Mostrar sus rotundos pechos…

El abundante y rojizo vello de su pubis…

Su sexo…

Así, completamente desnuda, brincó de las rodillas de la doctora Corbu y se abrazó a Lars Chandler.

—¡Sema lucba votam! —exclamó, bien pegadita a él.

El segundo de a bordo de la *TIROX-2001* se guardó mucho de devolver el abrazo a la chica, porque sabía lo que se jugaba.

Por si le quedaba alguna duda, Andrea Hughes

miró a Víctor Salnikov y amenazó:

—Como le ordene usted a Lars que abrace a la chica, le pongo un ojo negro de un puñetazo, comandante.

—¿A él o a mí? —carraspeó Salnikov.

—¡A los dos!

—¡Andrea, que estás hablando con el comandante! —recordó Lars, respingando.

—¡Ya lo sé!

—Tranquilo, Lars —sonrió comprensivamente Salnikov—. Sé que Andrea no habla en serio.

—Que no, ¿eh? —rezongó ella—. ¡Póngame a prueba y verá!

—¡Cállate, Andrea, por favor! —suplicó Lars.

—¡Me callaré cuando te hayas separado de la chica! ¡Está desnuda, y no quiero que te pegues a ella así!

—¡Es ella la que se pega a mí, Andrea!

—¡Eso a mí no me importa! ¡Que se vista en seguida u os araño a los dos!

—¿Al comandante y a mí?

—¡A ti y a la chica!

—Cálmate, haré que se ponga la túnica.

—¡Y el pantaloncito, que la túnica es tan corta que no le tapa nada!

Lars tomó a la muchacha por los hombros y la obligó a separarse de él, con suavidad.

—Quiero que hagas una cosa, guapa —le sonrió, mirándola a los ojos, porque si la miraba más abajo, Andrea le arrearía un doloroso pellizco en la nalga.

La muchacha le buscó la boca con la suya.

Lars la frenó.

—No, no es eso, preciosa. Lo que quiero es que te vistas. Ya no eres una niña, ¿sabes? Hace un momento lo eras, pero te creció todo de golpe y... Anda, sé obediente y ponte esto —le entregó la túnica y el pantaloncito.

La muchacha entendió y se colocó ambas prendas.

Luego, se abrazó de nuevo a Lars.

—¡Pero qué lapa de chica! —exclamó Andrea Hughes, enfureciéndose de nuevo.

—Tranquila, Andrea, que la muchacha ya esté vestida —recordó Lars.

—¡No me importa! ¡Sepárate de ella inmediatamente o te muerdo!

—Y decía que no era celosa... —rezongó el comandante Salnikov, por lo bajo.

Lars se separó de la muchacha.

Pero no le fue fácil, porque ella seguía buscando sus labios y el contacto de su cuerpo.

—Larguémonos cuanto antes de aquí, comandante —sugirió Lars—. En cuanto la nave se eleve, la chica dejará de mostrarse fogosa, estoy seguro.

—Habrá que ir por los dos hombres —repuso Salnikov.

—Pues vamos por ellos.

—Que venga la chica también. Así, al verla a ella, no tendrán miedo de subir a la nave.

—De acuerdo.

El comandante Salnikov, Lars Chandler y la muchacha descendieron de la nave.

Andrea Hughes se asomó a la puerta y advirtió:

—¡Ojito, Lars, que te estoy vigilando!

—Descuida, mujer —rezongó él, dando un manotazo al aire.

Palabra que ésa era su intención, dar un manotazo al aire, pero la fatalidad quiso que en ese preciso instante la chica pelirroja se acercara a él y…

«¡Chasck!»

En todo el trasero.

—¡Lars…! —rugió Andrea, creyendo que su marido había palmeado deliberadamente la erguida grupa de la muchacha.

Lars Chandler respingó nerviosamente.

—¡Yo no quería, cariño!

—¡Cuando vuelvas te voy a arrancar las orejas a bocados, bandido!

—¡Te juro que ha sido sin querer, Andrea!

—¡Cállate, cínico!

Por fortuna, la muchacha pelirroja había descubierto a sus dos compañeros y ya corría hacia ellos, dejando tranquilo por un momento a Lars.

Se abrazaron los tres y empezaron a hablar en su lengua.

En ello estaban, cuando se escuchó un rugido tan poderoso que la tierra pareció temblar.

Y no sólo lo pareció.

Tembló, realmente.

Pero no por el espantoso rugido, sino por las

pisadas de la gigantesca bestia que ya corría hacia el claro, deseosa de devorar unos cuantos seres humanos.

Era su plato favorito.

CAPÍTULO IX

El comandante Salnikov, consciente de que se les venía encima un peligro muy difícil de vencer, rugió:

—¡Todo el mundo a las naves, rápido!

Los ocho miembros de la tripulación armados con fusiles de rayos infrarrojos corrieron velozmente hacia la *Halcón-II* y la *Halcón-III.*

—¡Los dos hombres y la chica, Lars! —gritó Salnikov.

—¡Voy por ellos, comandante! —repuso Lars Chandler, y se lanzó hacia los tres habitantes del pequeño y peligroso planeta.

Tanto los dos hombres como la muchacha se hallaban paralizados por el terror.

Conocían la clase de monstruo que de un instante a otro aparecería en el claro de la selva; y sabían que era inútil intentar huir de sus devoradoras fauces.

Por mucho que corriesen, la colosal bestia les daría alcance y los engulliría como ellos engullían un alimento cualquiera.

De ahí su palidez.

El temblor de sus piernas.

La dilatación de sus ojos…

Lars Chandler llegó junto a ellos y cogió de la mano a la muchacha.

—¡A las naves, pronto! —ordenó, empujando a los dos hombres, pues no olvidaba que ellos no le

entendían.

Justo en aquel instante, la gigantesca bestia surgía de la selva, lanzando uno de aquellos bramidos ensordecedores.

Al segundo de a bordo de la *TIROX-2001* se le heló la sangre en las venas.

—Dios… —musitó, contemplando al monstruoso animal con ojos desorbitados.

¡Era un ser enorme!

¡Horrible!

¡Estremecedor!

Sólo su cola ya medía por lo menos quince metros.

Su boca, en la que cabía un ser humano acostado, era realmente pavorosa.

Sus ojos, redondos y verdes, eran tan grandes como sandías, y brillaban agudamente.

Sus varias filas de dientes, algo terrorífico.

Frenar a una bestia tan colosal como aquella, sería realmente imposible.

Se le podía herir, desde luego; pero acabar con ella llevaría tiempo, y durante ese tiempo, aquel monstruoso ser arrasaría cuanto se hallase a su alrededor.

El comandante Salnikov, entendiéndolo así, ordenó a los pilotos de la *Halcón-II* y la *Halcón-III* que elevasen rápidamente sus naves, para atacar a la bestia desde el aire.

Lars Chandler, los dos hombres rescatados de las hambrientas fauces de los lagartos gigantes, y la muchacha del pelo rojo, estaban a muchos

metros de la *Halcón-I.*

No tendrían tiempo de alcanzarla, por mucho que corriesen.

La bestia se los zamparía antes.

Como Víctor Salnikov se hallaba junto a la *Halcón-I,* Lars gritó:

—¡Suba a la nave y elévese con ella, comandante, antes de que esa monstruosa bestia la parta en dos de un coletazo!

—¡No podemos dejaros aquí, Lars! ¡La bestia os devorará! —respondió Salnikov.

—¡Nos esconderemos en la selva hasta que ustedes acaben con ese gigantesco animal, comandante!

—Pero… —vaciló Salnikov.

—¡A la nave, comandante! —insistió Lars, tirando ya de la mano de la muchacha y empujando a los dos hombres hacia la espesura de la jungla.

Víctor Salnikov no lo dudó más.

Subió velozmente a la *Halcón-I,* se sentó frente a los mandos, y accionó la palanca de despegue vertical.

Resultó muy oportuno, porque la colosal bestia dio un furioso coletazo y golpeó el lugar donde un momento antes se hallaba posada la *Halcón-I.*

Andrea Hughes, tras lanzar un chillido de terror, gritó:

—¡Lars va a morir, comandante!

—¡No, no morirá, Andrea!

—¡La bestia ya los persigue!

—¡Nosotros impediremos que les dé alcance! —aseguró Salnikov, atrapando el mando que accionaba el cañón de rayos láser de la *Halcón-I,* al tiempo que ordenaba a través del transmisor con pantalla—: ¡Fuego, muchachos! ¡Hemos de acabar con esa bestia!

Los tres cañones empezaron a funcionar.

La descomunal bestia se puso a rugir espantosamente al recibir los dolorosos impactos, y sus coletazos se tornaron mucho más veloces y violentos.

Lars Chandler, la chica y los dos hombres seguían corriendo hacia la selva.

Ya estaban a punto de alcanzarla, cuando el segundo de a bordo de la *TIROX-2001,* que no le quitaba ojo a la bestia, vio que la enorme cola del animal iba a caer sobre ellos.

—¡Cuidado…! —chilló Lars, empujando violentamente a la muchacha y a los dos hombres.

Rodaron los cuatro por el suelo como pelotas, pero eso les libró de ser aplastados por la pesada cola de la bestia.

Esta seguía recibiendo los rayos láser que disparaban los cañones de las tres pequeñas naves terrestres.

Estaba herida de muerte, pero continuaba siendo peligrosa.

Más aún que antes de que su cuerpo fuera abrasado por los rayos láser, porque el terrible dolor había hecho enloquecer al animal y éste ya no pensaba en devorar seres humanos.

Ahora sólo quería destruirlos.

Aplastarlos como lagartijas.

Machacarlos...

El comandante Salnikov tuvo una buena idea: disparar contra los enormes y verdosos ojos de la bestia.

Lo hizo.

Con excelente puntería, además.

El monstruoso ser bramó con más fuerza aún al quedar ciego y sacudió su cabezota tan violentamente, que dio la impresión de que se iba a romper el cuello de un momento a otro.

Lo malo era que también sus coletazos eran terribles.

Pero ahora los daba a ciegas, porque ya no podía ver a los cuatro seres humanos que deseaba aplastar.

Lars Chandler se había puesto en pie de un salto.

—¡Arriba, compañeros! ¡Tenemos que alcanzar la selva!

La muchacha y los dos hombres se incorporaron con rapidez.

Corrieron los cuatro hacia los árboles.

Consiguieron alcanzarlos sin que la cola de la bestia, agonizante ya, cayese sobre ellos.

Desde allí, ocultos entre los árboles, presenciaron el fin del monstruoso animal.

La bestia había caído ya de lado, incapaz de sostenerse en pie, pero aún rugía, movía sus patas y agitaba su larga cola.

Poco a poco, sus rugidos y sus movimientos fueron tornándose más débiles, hasta que finalmente quedó quieta.

Rígida.

Muerta…

A bordo de la *Halcón-I,* Andrea Hughes y la doctora Corbu se pusieron a dar saltos y palmas de alegría.

—¡Lo conseguimos, comandante! —exclamó la primera.

Víctor Salnikov sonrió.

—Te dije que Lars no moriría, Andrea.

—¡Porque usted dejó ciega a la bestia, que si no…! ¡Se merece un beso por ello! —dijo la esposa de Lars, y besó a su comandante.

Salnikov miró a Nadia Corbu.

Ella le sonrió, como diciendo: «Tranquilo, yo no soy celosa.»

—¡Recojamos a Lars, comandante! —apremió Andrea Hughes, tras el beso.

—*Sí*, vamos por ellos, antes de que surja alguna otra bestia peligrosa —repuso Salnikov.

Dio orden a los pilotos de la *Halcón-II* y la *Halcón-III* de mantener sus naves en el aire, y él hizo descender la *Halcón-I,* posándola de nuevo en el claro de la selva; no muy lejos de la gigantesca bestia muerta.

CAPÍTULO X

—Vamos, amigos —dijo Lars Chandler, tirando de la mano de la muchacha pelirroja.

Los dos hombres siguieron al segundo de a bordo de la *TlROX-2001* y a la chica, saliendo los cuatro de la selva.

Caminaron rápidamente hacia la *Halcón-I.*

La bestia muerta también olía a demonios.

Peor aún que los lagartos muertos.

Lars Chandler alcanzó la nave e hizo subir a ella a la joven pelirroja y a los dos hombres.

Estos, aunque no ofrecieron resistencia, evidenciaban un cierto temor.

Cambiaron algunas palabras con la muchacha.

Lars fue el último en subir a la *Halcón-I.*

Andrea Hughes se echó en sus brazos.

—¡Lars, amor mío!

Chandler la estrechó contra su pecho y la besó en los labios.

Luego, le acarició el cabello y dijo:

—Ya pasó todo, cariño.

—¡Pensé que esa horrible bestia iba a devorarle!

—Yo sólo me dejaría devorar por ti.

—En algún momento sentí deseos de morderte, lo confieso.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—No; aunque debería estarlo. La palmada que le diste en el trasero a la chica...

—Te repito que no fue intencionado. Yo sólo pretendía palmear el aire.

—Pues saliste ganando, granuja. Esa descarada tiene un trasero muy tentador.

—Para trasero hermoso y tentador, el tuyo —repuso Lars, muy bajo, y se lo apretó con disimulo.

—Lars, que nos van a ver...

—Sólo la muchacha nos mira.

—Oh, entonces no retires tu mano de mi trasero —pidió Andrea, para fastidiar a la joven.

Era cierto que sólo la chica pelirroja se fijaba en ellos.

El comandante Salnikov ya había elevado la nave, y se hallaba pendiente de los mandos.

La doctora Corbu también les daba la espalda, y sin duda lo hacía deliberadamente, para que Lars y Andrea pudieran besarse y abrazarse con toda libertad.

A la muchacha pelirroja no parecía complacerle demasiado que Lars besara y acariciara a Andrea, a juzgar por la expresión de su cara, un tanto huraña.

Eso, el estar pendiente de lo que hacían Lars y Andrea, la libró de ver cómo subía la nave.

Sus dos compañeros si lo vieron, y se asustaron mucho.

Empezaron a lanzar exclamaciones en su lengua, al tiempo que se cogían el uno del otro.

La muchacha se volvió hacia ellos y entonces fue cuando descubrió que la nave se había elevado.

Pese a que era la segunda vez que viajaba en una nave espacial, no pudo resistir el vértigo que le producía la altura, y tras exhalar un gemido, se cayó en redondo.

Sus compañeros se desplomaron también, apenas un par de segundos después, y quedaron los tres tendidos en el piso de la nave.

El comandante Salnikov volvió la cabeza, al escuchar el sordo ruido de sus cuerpos al tomar contacto con el piso de la *Halcón-I.*

—Pobre gente.

—No soportan el verse volando como pájaros —dijo Lars Chandler.

—Con tal de que no se nos vuelvan lactantes... —observó la doctora Corbu, sonriendo con ironía.

—Esperemos que no, doctora —dijo Andrea Hughes—. Sólo disponemos de un biberón...

—Y de un pañal, que además está mojado —recordó Nadia Corbu.

Salnikov, Lars y Andrea rieron las palabras de la doctora.

El segundo de a bordo de la *TIROX-2001* se separó de su esposa y se sentó en el sillón del copiloto.

Andrea, por su parte, se sentó al lado de la doctora Corbu.

Lars preguntó:

—¿Qué piensa hacer, comandante?

—Seguiremos sobrevolando esta inmensa selva. Tal vez tengamos que socorrer a alguien más... —sonrió Salnikov.

—No me extrañaría en absoluto —suspiró Lars.

* * *

Pero no.

Dejaron atrás la selva sin encontrar más hombres o mujeres en apuros.

Las tres naves terrestres sobrevolaron ahora una extensa llanura.

Más tarde, descubrían un bosque.

Cerca de él cruzaba un río que se adivinaba poco profundo.

Al otro lado del río, se levantaba una especie de poblado.

Las casas, construidas con gruesos troncos, tenían una forma extraña, muy original.

El poblado parecía abandonado.

El comandante Salnikov quiso asegurarse, y ordenó a los pilotos de la *Halcón-II* y la *Halcón-III* que posaran sus naves junto al río.

Víctor Salnikov hizo lo propio con la *Halcón-I*.

—Daremos un vistazo, Lars.

—De acuerdo, comandante —repuso Lars Chandler.

—¿Podemos ir con ustedes, comandante? —preguntó Andrea Hughes.

—Mejor que tú y la doctora Corbu os quedéis en la nave, Andrea. La muchacha y sus compañeros podrían volver en sí y...

—El comandante tiene razón, Andrea —dijo Nadia Corbu—. No debemos dejar solos a la chica y sus amigos.

—Está bien, nos quedaremos —suspiró resignadamente la esposa de Lars.

Este le pellizcó la barbilla.

—Volvemos en seguida, cariño.

—Vamos, Lars —apremió Salnikov.

—*Sí*, comandante.

Los dos hombres descendieron de la nave.

De la *Halcón-II* y la *Halcón-III* descendieron cuatro hombres, quedándose los otros cuatro en ellas, pues así lo había ordenado el comandante Salnikov.

El grupo de terrestres, encabezado por el comandante de la *TIROX-2001* y su segundo, se encaminó hacia las primeras casas del poblado.

Una de ellas tenía la puerta abierta.

Víctor Salnikov y Lars Chandler penetraron en la casa, esgrimiendo sus pistolas de rayos láser.

Los muebles y los objetos que encontraron en ella eran tan extraños y originales como la propia casa.

Pero sólo encontraron eso: muebles y objetos.

Personas, ninguna.

Salnikov y su segundo salieron de la casa.

Tantearon la puerta de la que se levantaba a su derecha.

La puerta cedió.

Salnikov y Chandler entraron en la casa.

Parecía tan abandonada como la otra.

Pero ésta no lo estaba.

Había alguien en ella.

Oculto tras uno de aquellos extraños muebles.

Lars Chandler, lo vio surgir de pronto, con una estaca en las manos.

Era un hombre.

Joven y tan fuerte como los que ellos salvaran de perecer devorados por los lagartos gigantes. Como aquéllos, se cubría sólo con un breve pantaloncito color bronce, brillante, e iba descalzo.

—¡Cuidado, comandante! —gritó Lars, al tiempo que se lanzaba sobre el musculoso individuo.

Salnikov, que todavía no había descubierto al tipo, se revolvió en el acto.

Lars ya tenía sujeto al corpulento individuo por la espalda, impidiendo que éste pudiera golpear a su comandante con la estaca.

El tipo, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse apresar tan fácilmente, y disparó su codo izquierdo hacia atrás, incrustándolo en el estómago de Lars.

Este lanzó un rugido de dolor y se encogió, soltando al peligroso elemento.

—¡Eh, tú, que somos amigos! —gritó Salnikov, levantando la mano en son de paz.

El fornido individuo también levantó la mano, pero la que sostenía la estaca.

Y no para mostrársela al terrestre, precisamente.

Salnikov lo supo cuando vio que se la descargaba en la cabeza.

El comandante de la *TIROX-2001* saltó hacia su

derecha, pero aun así no pudo evitar que la estaca le golpease en el hombro izquierdo.

Víctor Salnikov cayó al suelo, lanzando un aullido de dolor.

Los cuatro hombres que se habían acercado con él y Lars al poblado penetraron rápidamente en la casa, en ayuda de su comandante y del segando de a bordo.

Lars Chandler, bastante recuperado ya del codazo que recibiera en el estómago, gritó:

—¡Quietos, muchachos! ¡Yo me encargo del tipo!

Los cuatro miembros de la tripulación se quedaron parados.

Quien no se quedó parado fue el individuo de la estaca.

Atacó a Lars.

Decidido a hacerle probar su estaca.

Por fortuna, Lars pudo esquivar el golpe y le dio a probar al tipo otra cosa.

Sus puños.

Con los dos le golpeó.

En el rostro.

Fueron dos puñetazos secos, duros y rápidos.

El tipo, pese a su fortaleza, cayó al suelo y perdió su estaca.

Lars se apresuró a cogerla y amenazó con ella al individuo.

—¡Como te muevas te abro la cabeza de un estacazo!

El robusto sujeto no se movió.

No entendía el lenguaje del terrestre, pero sí el de la estaca.

De ahí que se mostrara tan obediente.

Víctor Salnikov ya se estaba incorporando, agarrándose el hombro lastimado.

—¿Se encuentra bien, comandante? —preguntó Lars.

—Me duele el hombro, pero no creo que sea nada serio —respondió Salnikov, con gesto de sufrimiento.

—Este tipo es muy belicoso.

—No debemos censurarle por habernos atacado, Lars. Él no sabe que somos amigos, que no queremos hacerle ningún daño, sino evitar que se lo hagan a él y a su gente. Si la muchacha y los dos hombres hubiesen venido con nosotros, no nos hubiera atacado, estoy seguro.

—¿Cómo podríamos hacérselo comprender?

—De momento, bajando la estaca.

Lars la bajó.

Salnikov tendió su mano diestra al tipo, a quien sonrió, diciendo:

—Vamos, levántate, muchacho.

El sujeto, tras unos segundos de vacilación, aceptó la mano del terrestre y permitió que éste le ayudara a incorporarse.

—Devuélvele la estaca, Lars —indicó Salnikov.

Su segundo respingó ligeramente.

—¿Y si nos atiza con ella…?

—No lo hará, ahora ya sabe que somos amigos.

—Yo no estoy tan seguro.

—Haz lo que te digo, Lars.

—De acuerdo. Pero le aconsejo que esté preparado para esquivar un posible estacazo, comandante —rezongó Lars, devolviendo la estaca al tipo.

Salnikov acertó.

No hubo estacazo.

El sujeto esbozó una sonrisa y preguntó:

—¿Pullam teba...?

—Ahora viene lo bueno —mascullό Lars.

El comandante Salnikov oprimió amistosamente el hombro del individuo.

—Lo siento, amigo, pero no podemos entendernos por ahora. Tu lenguaje es tan desconocido para nosotros como el nuestro lo es para ti.

El tipo, comprendiendo que con palabras no podría explicar lo que quería, lo hizo con gestos.

Y fueron unos gestos tan expresivos, que al comandante Salnikov y su segundo no les costó demasiado entenderle.

—Nos está diciendo que unos hombres se llevaron por la fuerza a los habitantes de este poblado, y que él se libró porque supo esconderse mejor que sus compañeros... —murmuró Salnikov.

—Sí, creo que eso es lo que trata de decirnos —asintió Lars.

—¡Astor! —exclamó de pronto el hombre.

—Eso parece un nombre... —dijo Salnikov.

—Sí, y lo pronuncia con evidente temor... —observó Lars.

—¡Astor! —repitió el tipo, acompañando ahora la palabra con algunos gestos expresivos.

—Nos está diciendo que ese Astor es el jefe de los hombres que se llevaron por la fuerza a los moradores de este poblado —adivinó Salnikov.

—Sí, eso es lo que dice —asintió Lars—. Astor debe de ser un personaje poderoso y cruel. Sin duda fue él quien ordenó atar a la muchacha pelirroja al poste clavado en la playa, para que la devoraran los cangrejos gigantes. Y quien ordenó colgar a los dos hombres en el poste horizontal del claro de la selva, para que los gigantescos lagartos los dejasen sin piernas a dentelladas. Y, por supuesto, quien hizo retornar a su infancia a la muchacha, para que no pudiéramos grabar los conocimientos de su cerebro.

—Lo hizo para impedir que supiéramos de él y nos enteráramos de las monstruosidades que esté cometiendo con esta pobre gente -rezongó Salnikov.

—Pues ya sabemos de él y nos hemos enterado de algunas de sus canallescas acciones, comandante.

—Así es, Lars. Ahora, ya sólo nos resta dar con el tal Astor y ajustarle las cuentas —repuso Víctor Salnikov.

CAPÍTULO XI

En la *Halcón-I,* la muchacha pelirroja estaba volviendo en sí.

Ya tenía los ojos abiertos, pero no se atrevía a ponerse en pie.

Temía que la nave terrestre estuviese surcando el cielo como un pájaro, y si era así, ella se desvanecería de nuevo.

La doctora Corbu se dio cuenta de que la joven se había despertado.

—La muchacha ha vuelto en sí, Andrea.

Andrea Hughes giró la cabeza y observó a la muchacha.

—¿Por qué no se levanta? —observó.

—Sin duda ignora que la nave se halla posada en el suelo, y le da miedo incorporarse —adivinó Corbu.

—Mire, doctora. Uno de los hombres empieza a moverse, también —Andrea lo señaló con el brazo.

Era cierto.

El tipo estaba volviendo en sí.

Apenas abrir los ojos, irguió bruscamente el torso y dijo algo.

La muchacha levantó también el suyo.

Hablaron el uno con el otro, nerviosamente.

Justo en aquel momento, el otro hombre se despertó también.

La doctora Corbu les sonrió a los tres.

—Tranquilos, muchachos, que no estáis en el

aire. Comprobadlo vosotros mismos.

Uno de los hombres se atrevió a ponerse en pie, aunque lo hizo muy lentamente, con visible temor.

Al descubrir que la nave se hallaba posada en el suelo, a sólo unos treinta o cuarenta metros del poblado, dio un respingo de alegría y empezó a hablar en su lengua, atropelladamente.

El otro hombre y la muchacha se irguieron rápidamente.

Fue ella la primera en querer descender de la nave.

La doctora Corbu se apresuró a cerrarle el paso, aunque lo hizo con la sonrisa en los labios.

—No debéis abandonar la nave, muchacha.

—¡Ducem tonda! —gritó la joven, con gesto claramente amenazante.

—Lars vendrá en seguida, no te preocu…

La chica propinó un empellón a la doctora Corbu y la hizo caer al suelo, saliendo rápidamente de la nave.

Los dos hombres la abandonaron también.

—¡Volved aquí, locos! —gritó Nadia Corbu, incorporándose.

—Es inútil, doctora —dijo Andrea Hughes—. Ya corren los tres como flechas hacia el poblado.

—Bueno, eso nos sirve de excusa, ¿no?

—¿Para qué?

—Para salir de la nave y acercarnos al poblado. Tú querías conocerlo, ¿no es cierto?

—¡Desde luego!

—Yo también. ¡Anda, vamos!

Nadia Corbu y Andrea Hughes descendieron de la nave.

Los dos hombres y la muchacha ya estaban a punto de alcanzar las primeras casas del poblado.

De pronto, el comandante Salnikov, Lars Chandler y el tipo de la estaca salieron de la casa en la que éste se había ocultado, seguidos de los otros cuatro miembros de la tripulación.

El tipo de la estaca, al descubrir a sus tres compañeros, dio un grito de júbilo y corrió a su encuentro, fundiéndose los cuatro en un fervoroso y emotivo abrazo.

Todavía se estaban estrujando mutuamente cuando la doctora Corbu y Andrea Hughes se reunieron con el comandante Salnikov y los otros.

—Traté de impedir que salieran de la nave, comandante, pero no pude —explicó Nadia Corbu.

—No se preocupe, doctora —sonrió Salnikov, aunque un tanto forzadamente, porque le seguía doliendo el hombro.

Nadia pareció adivinarlo.

—¿Le ocurre algo en el hombro, comandante?

—Recibí un golpe.

—Un estacazo, eso es lo que recibió —informó Lars Chandler.

—¿El tipo…? —sospechó la doctora Corbu.

—Sí. Nos tomó por enemigos y… —explicó Lars.

—Tendré que darle un vistazo a su hombro, comandante.

—Más tarde, doctora.

—Ahora.

—No tenemos tiempo —explicó Salnikov—. Hemos averiguado que un tal Astor es el responsable de que…

Los tres hombres y la muchacha pelirroja se separaron en el acto al oír pronunciar el nombre del ser responsable de sus desdichas y sufrimientos.

—¡Astor! —exclamó la chica.

—¡Astor! —repitieron los dos hombres que estuvieron a punto de perder sus piernas a dientes de los lagartos gigantes.

El otro hombre, el que le atizara en el hombro al comandante Salnikov, con su estaca, habló a sus compañeros.

Sin duda les estaba explicando, que él había informado a los terrestres de quién era Astor y lo que éste hacía con ellos.

La muchacha se acercó a Lars Chandler.

—Astor… —pronunció quedamente, el pánico reflejado en sus hermosos ojos verdes.

Lars la tomó por los hombros.

—Tranquilízate, preciosa. Nosotros le daremos su merecido a ese miserable.

Ella se golpeó el pecho con la palma de la mano, mientras repetía:

—Zuma, Zuma, Zuma…

—¿Qué querrá decirnos? —murmuró Lars.

—¡Que se llama Zuma! —adivinó Andrea.

Lars respingó.

—¡Sí, eso debe ser! —exclamó—. ¿Tú, Zuma, preciosa…? —le tocó el pecho con el extremo del

dedo índice.

Tocárselo con más dedos hubiera resultado peligroso, teniendo en cuenta que Andrea se hallaba presente.

La muchacha sonrió y asintió con la cabeza.

—Zuma, Zuma, Zuma... —repitió.

—¡Estupendo! Yo me llamo Lars, ¿sabes? Lars, Lars, Lars —el segundo de a bordo de la *TIROX-2001* se golpeó el pecho con la palma de la mano, como antes hiciera la chica.

—Lars... —repitió ella.

—¡Sí, Lars, Lars!

La muchacha amplió su sonrisa.

—Lars, Lars, Lars...

—¡Qué claro lo dices, guapa! ¿Verdad que lo dice claro, Andrea?

—Sí, muy claro —rezongó su esposa.

Lars tocó el pecho de su mujer con el dedo.

—Esta que gruñe con tanta frecuencia se llama Andrea, Zuma. Andrea, Andrea, Andrea...

La muchacha miró a la esposa de Lars, con menos simpatía que a éste.

—Andrea... —pronunció, con bastante claridad.

—¡Bravo! —aplaudió Lars—. Ahora te presentaré al comandante Salnikov y la doctora Corbu, Zuma. Como sus nombres te serán más fáciles de pronunciar que sus apellidos, me olvidaré de éstos.

Muy poco tiempo después, Zuma llamaba Víctor al comandante de la *TIROX-2001* y Nadia a la doctora.

Los compañeros de Zuma demostraron que tampoco ellos eran duros de mollera, y empezaron a pronunciar los nombres de los cuatro terrestres, señalando cada vez a la persona cuyo nombre repetían.

Y no tuvieron un solo fallo.

—¡Pero qué chicos tan listos, madre! —exclamó Lars, riendo y haciendo reír a todos.

Los chicos listos no tardaron en presentarse.

—Laco, Laco, Laco… —dijo el tipo de la estaca.

—Febo, Febo, Febo… —dijo uno de los que se libraran de ser devorados por los lagartos gigantes.

—Roto, Roto, Roto… —dijo el tercero.

Los terrestres los llamaron a cada uno por su nombre, y eso pareció complacer mucho a los fornidos individuos, pues sonrieron de oreja a oreja, mostrando sus sanas dentaduras.

Así de contentos estaban todos, terrestres y habitantes del pequeño planeta, cuando uno de los hombres que habían quedado a bordo de la *Halcón-II* descendió precipitadamente de la nave y corrió hacia el poblado, gritando:

—¡Comandante Salnikov! ¡Comandante Salnikov!

Todos se volvieron hacia él.

—¿Qué ocurre, Dieter…? —preguntó Víctor Salnikov.

—¡Un extraño personaje que dice llamarse Astor quiere hablar con usted, señor! —informó el miembro de la tripulación.

CAPÍTULO XII

Todas las sonrisas se borraron al escuchar el nombre del ser que dominaba a los habitantes del pequeño planeta.

El comandante Salnikov y Lars Chandler intercambiaron una mirada.

—Vamos, Lars —dijo el primero, y trotó hacia la *Halcón-II*.

Lars Chandler fue tras él.

Andrea Hughes, la doctora Corbu, Dieter, y los otros cuatro miembros de la tripulación, movieron también sus piernas con ligereza.

Zuma, Laco, Febo y Roto trotaron en pos del grupo de terrestres.

Víctor Salnikov y Lars Chandler alcanzaron la *Halcón-II* y subieron rápidamente a ella.

El miembro de la tripulación que se hallaba a bordo tenía los ojos fijos en la pantalla del transmisor, contemplando, visiblemente impresionado, la imagen del ser que aparecía en ella.

Había motivos para impresionarse, desde luego.

Astor era un tipo de piel oscura y rostro cruel, que se adivinaba alto y corpulento. Su cráneo, grande y redondo, estaba desprovisto de pelo. Tampoco lo tenía en las cejas.

Se cubría con una túnica de color rojo vivo, muy brillante, y de su cuello pendía un grueso

medallón, en el que aparecía grabada una extraña efigie.

El comandante Salnikov se sentó frente al transmisor, para que su imagen pudiera ser captada por él, y clavó los ojos en la pantalla.

—¿Tú eres Astor? —preguntó.

—Sí, comandante —asintió el siniestro personaje, con voz grave y profunda.

—¿Cómo es que hablas nuestra lengua?

—Poseo una mente privilegiada, y lo aprendo todo en seguida. Me bastó grabar unas cuantas conversaciones vuestras, para entender vuestro lenguaje.

—Me alegro, porque así podemos hablar.

—Nuestra conversación va a ser muy breve, comandante Salnikov.

—¿De veras?

—Sólo tengo que decirte una cosa. Quiero que volváis a vuestra astronave y reanudéis el viaje. Olvidaros de Turrog.

—¿Se llama así este planeta?

—Sí.

—Tú no eres de Turrog, ¿verdad?

—No, mi mundo se halla muy distante de éste.

—¿Por qué no vuelves a él, y dejas en paz a los habitantes de este planeta?

—No puedo ni deseo volver a mi mundo. Este es ahora mi mundo. Soy el dueño y señor de Turrog. Todos me obedecen. Y los que no acatan mis órdenes, son castigados.

—Como Zuma, Febo y Roto…

—Sí.

—Hubieran muerto, de no ser por nosotros.

—Ellos se lo buscaron.

—¿Por qué devolviste a Andrea Hughes a su infancia? —interrogó Salnikov.

—Para asustaros, y que no os acercarais a Turrog. Pero vinisteis de todos modos.

—Teníamos que desentrañar ese misterio.

—Bien. Ya sabéis que no hay misterio ninguno. Soy un ser poderoso y puedo destruiros a todos sin moverme de mi palacio.

Salnikov sonrió.

—Lo dudo, Astor.

Los malignos ojos del ser de piel oscura brillaron amenazadoramente.

—No me crees, ¿eh, terrestre?

—Si tuvieras poder para acabar con todos nosotros, ya lo habrías hecho.

—¿Por qué iba a haceros daño? Vosotros no habéis intentado causármelo a mí.

—Los seres tan perversos como tú no necesitan ningún motivo para matar y destruir. Lo hacen por gusto. Les divierte.

Los ojos de Astor brillaron más agudamente.

—No me insultes, terrestre, o te pesará.

—¿Qué harás, devolverme a mi infancia? —sonrió irónicamente Salnikov.

—Puedo hacerlo, y tú lo sabes.

—Inténtalo, y te juro que tu palacio saltará en pedazos. Y tú con él, Astor.

—¿Me amenazas, comandante Salnikov...?

—Tú amenazaste primero.

—¡Yo puedo hacerlo! ¡Soy más poderoso que vosotros, terrestres!

—Te repito que lo dudo.

—¡Atrévete a acercarte a mi palacio, y te convencerás!

—Nos acercaremos, Astor, te doy mi palabra.

—Muy bien. Os espero. Y os prometo que tendréis el recibimiento que os merecéis.

—Mi consejo es que te entregues sin ofrecer resistencia, Astor.

—El mío, que os larguéis de Turrog ahora mismo. Sólo así salvaréis vuestras vidas.

—Nos veremos pronto, Astor.

—De acuerdo, terrestre. Sabréis por qué la gente de Turrog me llama Astor *el Cruel*.

La imagen de Astor desapareció de la pantalla.

El comandante Salnikov se levantó del sillón y se volvió hacia Lars Chandler.

Junto al segundo de a bordo de la *TIROX-2001* se hallaban Andrea Hughes, la doctora Corbu, Dieter, y el otro miembro de la tripulación.

También Zuma, Laco, Febo y Roto.

Todos parecían muy preocupados.

Salnikov preguntó:

—¿Cuál es tu opinión, Lars?

—Creo que está usted en lo cierto, comandante. Si Astor tuviera el suficiente poder como para destruirnos a todos, ya lo habría hecho —respondió su segundo.

—Tal vez no pueda destruirnos, pero sí

volvernos lactantes a todos… —opinó Andrea Hughes.

—No lo creo, Andrea; lo hubiera hecho ya —repuso Salnikov—. Astor sólo puede devolver a la infancia a un adulto, y mientras lo retiene así, no puede hacer lo mismo con otro. Recuerda que, para convertir en niña de pocos meses a Zuma, antes tuvo que devolverte a ti a tu edad real.

—Eso es verdad… —murmuró la doctora Corbu.

—Yo pienso como usted, comandante —manifestó Lars.

—Bien, no perdamos más tiempo. Hemos de encontrar el palacio de Astor *el Cruel* —dijo Víctor Salnikov.

* * *

La *Halcón-I,* la *Halcón-I* y la *Halcón-III* sobrevolaban nuevamente la superficie de Turrog.

Para evitar que Zuma, Febo, Roto y Laco se desvaneciesen al elevarse la *Halcón-I,* Lars Chandler los hizo tenderse en el piso de la nave, de bruces.

La cosa dio resultado, y los cuatro habitantes de Turrog viajaban así, hablando entre ellos en voz baja.

Unos quince minutos después de haber abandonado el poblado, descubrían el palacio de Astor *el Cruel,* construido en lo alto de una colina.

—Ahí lo tenemos, Lars —dijo el comandante Salnikov.

—Todo parece muy tranquilo… —murmuró

Chandler.

—Dejará de estarlo en cuanto nos acerquemos a él, ya verás.

—¿Tiene ya algún plan, comandante?

—Sí, y es muy simple. La mitad de nosotros trataremos de penetrar en el palacio de Astor, mientras la otra mitad vigilará desde el aire, prestos a intervenir si hay necesidad de ello —expuso Salnikov.

Las tres naves terrestres siguieron acercándose al palacio.

Segundos después, se posaban en el suelo, al pie de la colina.

Dos hombres descendieron de la *Halcón-II* y otros dos de la *Halcón-III,* portando sus fusiles de rayos infrarrojos.

Luego, ambas naves se elevaron y quedaron suspendidas en el aire, sus cañones de rayos láser apuntando hacia el palacio de Astor *el Cruel.*

El comandante Salnikov y Lars Chandler descendieron de la *Halcón-I,* empuñando sus pistolas.

Andrea Hughes y la doctora Corbu quisieren acompañarles, pero Salnikov les ordenó que aguardaran en la nave.

Lo mismo les ordenó a Zuma, Laco, Febo y Roto, pero éstos, o no le entendieron, o no quisieron hacerle caso, pues descendieron de la nave, dispuestos a penetrar con ellos en el palacio de Astor *el Cruel.*

Y el caso es que se les notaba que tenían

miedo…

Pero querían acompañar a los terrestres y echarles una mano, si hacía falta.

De ahí que Laco llevase su estaca.

Como la pelada cabeza de Astor se pusiera a su alcance…

El comandante Salnikov tuvo que acceder finalmente a que Zuma y sus amigos les acompañasen, pues no encontró la manera de hacerles desistir.

Iniciaron todos el ascenso de la colina.

La puerta del palacio, alta y amplia, se abrió de pronto y por ella surgió una auténtica jauría de perros, lanzando unos ladridos aterradores.

Había por lo menos veinte, y eran unos perrazos enormes.

Veloces como el viento..

Fieros como lobos hambrientos…

* * *

—¡Disparad contra ellos, muchachos! —gritó Víctor Salnikov, haciendo funcionar ya su pistola de rayos láser.

Lars Chandler accionó el gatillo de la suya.

Los otros cuatro miembros de la tripulación hicieron uso de sus fusiles de rayos infrarrojos.

Los perros alcanzados por los disparos aullaron como demonios al sufrir los efectos de los rayos láser e infrarrojos, y la muerte les sobrevino de un modo casi instantáneo.

Pero eran tantos, y corrían tan aprisa, que

difícilmente el comandante Salnikov y los suyos hubieran podido abatirlos a todos de no contar con la ayuda de los hombres que habían quedado en la *Halcón-II* y la *Halcón-III*.

Los cañones de ambas naves entraron en acción y abrasaron unos cuantos perros.

Gracias a ello, ni uno solo de los perrazos llegó a alcanzar al grupo de terrestres. Todos cayeron fulminados antes.

Zuma, Laco, Febo y Roto, que durante algunos segundos se habían visto ya devorados por los feroces colmillos de los gigantescos canes, se pusieron a dar saltos de alegría al comprobar que los valientes terrestres habían sabido dar buena cuenta de la jauría entera.

En el interior de la *Halcón-I,* Andrea Hughes y la doctora Corbu también habían vivido unos momentos realmente angustiosos.

Las dos estaban pálidas.

Temblorosas.

Desencajadas.

—Yo no puedo soportar esta terrible angustia, doctora Corbu —dijo la esposa de Lars.

—Ni yo, Andrea —repuso Nadia Corbu.

—¿Qué cree que pasaría si desobedeciéramos las órdenes del comandante Salnikov?

—No lo sé.

—Yo voy a hacerlo, doctora.

—¿De veras?

—Sí, no voy a quedarme aquí con los brazos cruzados mientras ellos desafían los peligros que

ese maldito de Astor les tiene preparados. Llevo una pistola de rayos láser al cinto y soy bastante diestra con ella.

—También yo.

—¿Viene conmigo, doctora Corbu?

—Sí, Andrea —se decidió Nadia.

Extrajeron las dos sus pistolas de rayos láser y descendieron rápidamente de la nave.

Lars Chandler las vio correr hacia ellos.

—La doctora Corbu y Andrea vienen hacia aquí, comandante —informó.

Salnikov se volvió.

—Les ordené que…

—No las riña, comandante. Son dos mujeres valientes.

—Sí, pero…

—Deje que vengan con nosotros. Sabremos protegerlas.

Salnikov dio una cabezada.

—De acuerdo, que vengan.

Andrea y Nadia llegaron junto a ellos.

—Yo… —dijo la primera, nerviosamente.

—Nosotras… —dijo la segunda, igualmente nerviosa.

—Hay que ver cómo se explican —sonrió Lars.

El comandante Salnikov también sonrió, demostrando con ello que no estaba enfadado.

—En marcha, muchachos —indicó, reanudando el ascenso de la colina.

Todos le siguieron.

Sorteando los cuerpos de los perros muertos.

Las miradas fijas en la puerta del palacio de Astor *el Cruel*.

Temiendo que un nuevo peligro surgiera por ella.

Sin embargo, alcanzaron el palacio sin que tal cosa ocurriera.

El comandante Salnikov y Lars Chandler fueron los primeros en cruzar la gran puerta.

El palacio, muy lujoso, parecía desierto.

Pero todos sabían que no era así.

Astor les esperaba allí.

Y sus hombres.

¿Cuántos...?

Eso nadie lo sabía.

Los ocho terrestres y los cuatro habitantes de Turrog penetraron en el fastuoso palacio.

Entonces, la puerta se cerró.

Automáticamente.

El comandante Salnikov iba a ordenar a sus hombres que disparasen contra la puerta, hasta desintegrarla, cuando el suelo cedió de pronto bajo sus pies, engulléndolos a todos como si de la boca de una descomunal ballena se tratara.

CAPÍTULO XIII

La trampa era bastante profunda.

Menos mal que el suelo estaba cubierto de paja, y eso amortiguó no poco la caída.

Aun así, algunos perdieron el sentido al impactar contra el fondo de la trampa, la cual se cerró apenas tragarse al grupo de terrestres y habitantes de Turrog.

La trampa estaba iluminada por un par de hachones encendidos.

Al fondo, se veía una puerta en forma de arco.

Por ella surgió el nuevo peligro que les tenía preparado Astor *el Cruel*.

Arañas.

Negras.

Gigantescas.

Aterradoras…

Había bastantes y se movían con lentitud, como muy seguras de que sus víctimas no tenían escapatoria posible.

Lars Chandler fue el primero en descubrirlas.

—¡Comandante…! —chilló.

Víctor Salnikov, medio atontado por la caída, miró hacia la puerta en forma de arco.

—Dios mío… —musitó, sintiendo que se le erizaba el vello.

—¡Son arañas! —gritó Andrea Hughes, horrorizada.

—¡Arañas monstruosas! —chilló la doctora

Corbu.

—¡Fuego contra ellas! —rugió Lars, accionando el gatillo de su pistola.

La araña alcanzada por el rayo láser lanzó un extraño chillido y se arrugó tanto que se convirtió en una bola.

Una bola que ya no se deshizo.

El comandante Salnikov, la doctora Corbu y Andrea Hughes dispararon también contra las arañas gigantes.

Dos de los cuatro hombres de la tripulación seguían sin sentido, pero los otros dos, recuperados ya de la caída, hicieron funcionar sus fusiles de rayos infrarrojos.

Laco mantenía su estaca en alto, por si alguna de las arañas se le acercaba, y tras él se refugiaba Zuma, con gesto de terror.

Febo y Roto estaban inconscientes.

Afortunadamente, los bravos terrestres impidieron que ni una sola de las espantosas arañas llegara a tener a su alcance víctima alguna.

Y no sólo eso, sino que acabaron con todas las que surgieron por la puerta.

—Parece que no quedan más, comandante —dijo Lars Chandler.

—Lo sabremos en cuanto crucemos esa puerta —repuso Víctor Salnikov.

Reanimaron a Febo, Roto, y los dos miembros de la tripulación que seguían sin sentido.

Después, avanzaron todos hacia la puerta, sorteando los achicharrados cuerpos de las arañas

gigantes.

La cruzaron.

Aquella puerta daba a una estancia similar a la que ellos habían caído, sólo que más grande.

Por fortuna, no quedaban más arañas.

Aquella estancia tenía una escalera de caracol, tan estrecha, que las arañas gigantes no hubieran podido ascender por ella.

Un ser humano, sí.

El comandante Salnikov subió por la angosta escalera, ubicada en un ángulo de la estancia. Lars, Andrea, Nadia, y todos los demás, le siguieron.

Al llegar arriba, encontraron una puerta de hierro.

Estaba cerrada por fuera, pero eso no fue obstáculo.

Salnikov pulverizó la cerradura con su pistola de rayos láser y la puerta cedió.

Salieron todos por ella.

Daba a una amplia sala, y en ella tuvieron que hacer frente a otro peligro más.

Esta vez, se trataba de un peligro humano.

Aparentemente humano, al menos.

El comandante Salnikov, desde luego, tenía sus dudas.

Casi hubiera jurado que aquellos hombres que surgieron de pronto en la sala, armados con largas mazas metálicas con picos, eran robots.

La extraña forma de sus cascos, cubriéndoles totalmente las caras…

Su manera de moverse...

Pronto lo sabrían, porque ya los tenían muy cerca.

* * *

—¡Disparad contra ellos! —gritó Víctor Salnikov, apretando el gatillo de su pistola.

El rayo láser alcanzó en el pecho a uno de aquellos extraños seres, pero no le hizo ningún efecto.

El hombre, el robot, o lo que fuera, siguió avanzando.

Tampoco en sus compañeros hicieron mella alguna los rayos láser e infrarrojos que les enviaron Lars Chandler, Andrea Hughes, la doctora Corbu, y los tres o cuatro miembros de la tripulación.

Al comandante Salnikov ya no le quedó ninguna duda.

—¡Son robots! —exclamó.

—¡Y nuestras armas no les hacen nada! —gritó Lars.

—¡Estamos perdidos! —chilló Andrea.

—¡Nos destrozarán a todos con sus mazas de acero! —exclamó Nadia, aterrada.

De pronto, al comandante Salnikov se le ocurrió disparar contra la delgada grieta que tenían los cascos de los robots, a la altura de los ojos.

Afinó bien la puntería, para que el rayo láser penetrara justo por aquella ranura.

Y penetró.

En seguida se vio que al otro lado del casco metálico estaba la parte más sensible del robot.

La más débil.

La única vulnerable.

Sin duda la misión del casco era precisamente ésa: proteger la única parte destructible del robot.

Este quedó súbitamente paralizado, y tanto por la grieta del casco, como por debajo de éste, empezaron a brotar cientos de chispas azuladas.

También se oían chasquidos.

Casi en seguida empezó a salir humo.

Y, después, llamas...

Sí.

El robot se estaba quemando por dentro.

Todo su complicado mecanismo ardía.

Iba a quedar completamente destruido.

Esto, sin embargo, no parecía importar en absoluto a los otros robots, pues siguieron avanzando tranquilamente hacia el grupo de terrestres y de habitantes de Turrog.

El comandante Salnikov rugió:

—¡Disparad contra las grietas de sus cascos! ¡Es su punto débil!

Lars, Andrea, Nadia, y los otros cuatro hombres lo hicieron así.

Pero era muy difícil dar justamente en la delgada ranura, y no todos los robots pudieron ser frenados a tiempo.

Se iba a hacer necesaria la lucha cuerpo a cuerpo, y Laco, Febo y Roto fueron los primeros en

aceptar esa clase de pelea.

Era la que ellos mejor conocían.

Se arrojaron los tres a un tiempo sobre tres de los robots más avanzados, a los cuales derribaron estrepitosamente.

Los robots perdieron sus largas mazas metálicas.

Laco, Febo y Roto anduvieron listos y se apoderaron rápidamente de ellas, utilizándolas contra los caídos robots.

Los mazazos que les propinaban eran tremendos, pero los robots no parecían acusar los golpes y empezaron a incorporarse.

De pronto, tras un certero golpe de maza, propinado de abajo arriba por Laco, el casco de uno de los robots saltó, dejando al descubierto su cabeza.

Laco, Febo y Roto se quedaron paralizados, al ver la horrible cara del robot.

Este intentó golpear a Laco con su poderosa mano.

Lars accionó el gatillo de su pistola y el rayo láser alcanzó de lleno el rostro del robot.

El ingenio mecánico interrumpió instantáneamente su movimiento de ataque, mientras de su espantosa cara brotaban ya infinidad de chispas azuladas.

Se había iniciado su proceso de destrucción.

Febo y Roto, comprendiendo que había que hacer saltar los cascos de los robots, para que éstos pudieran ser destruidos por las armas de los

terrestres, hicieron uso de las mazas metálicas en ese sentido.

Los cascos de los otros dos robots que ellos tiraran al suelo saltaron por los aires.

—¡Bravo, muchachos! —exclamó Lars, disparando velozmente sobre las cabezas de los robots.

El comandante Salnikov, con su excelente puntería, había destruido otros varios robots.

Andrea Hughes también había logrado destruir uno.

Y Nadia Corbu, otro.

Como los otros cuatro miembros de la tripulación también habían conseguido alcanzar alguna vez las grietas de los cascos de los robots, con sus disparos de rayos infrarrojos, el ejército de ingenios mecánicos estaba ya prácticamente vencido.

Sólo quedaban tres robots en condiciones de luchar.

El comandante Salnikov destruyó a uno; Lars Chandler, a otro; y del tercero se ocupó Andrea Hughes, después de que Laco lo dejara sin casco de un magnífico golpe de maza.

La sala olía a circuitos quemados que apestaba.

Todos los robots ardían ya por dentro, quietos como muñecos.

De pronto, Astor *el Cruel* surgió por detrás de un cortinaje, esgrimiendo una espada en forma de rayo, con la cual apuntó al comandante Salnikov.

—¡Muere, maldito terrestre! —rugió, y su

extraña espada lanzó un rayo azulado.

Rayo azulado que hubiera alcanzado a Víctor Salnikov, de no ser porque Lars Chandler, poniendo de manifiesto sus extraordinarios reflejos, saltó sobre su superior y lo derribó, salvándole así la vida.

Andrea, Nadia, y los otros cuatro miembros de la tripulación dispararon a un tiempo sobre Astor *el Cruel*.

Y ni uno solo de ellos falló.

Astor *el Cruel* aulló como un poseso y se derrumbó, convertido en una masa de carne carbonizada.

Un final horrible.

El que un ser tan perverso se merecía.

EPÍLOGO

En el palacio de Astor *el Cruel,* se hallaban cautivos casi una docena de habitantes de Turrog. La mayoría de ellos, mujeres; todas jóvenes y hermosas.

Astor las tenía allí para disfrutar de ellas siempre que le apetecía, y cuando alguna se negaba a satisfacerle sexualmente, la castigaba dolorosamente.

Había sido el caso de Zuma, pero como ésta, además de negarse a hacer el amor con el siniestro y cruel Astor, le había dado una tremenda bofetada y escupido en su negra cara, él la condenó a morir devorada por los cangrejos gigantes.

El comandante Salnikov y los suyos liberaron a todos los cautivos, y éstos, al ser informados por Zuma, Laco, Febo y Roto de la muerte de Astor *el Cruel,* brincaron de alegría y se abrazaron unos a otros.

En la alcoba de Astor, encontraron un extraño aparato que disponía de una pantalla circular.

Con gestos expresivos, Zuma y sus compañeros explicaron, a los terrestres que Astor *el Cruel* utilizaba aquel aparato para devolver a su infancia a los seres humanos.

El comandante Salnikov destruyó el aparato con su pistola.

Luego abandonaron todos el palacio.

La puerta había sido desintegrada por los hombres que quedaran a bordo de la *Halcón-II* y la *Halcón-III,* quienes habían posado sus naves frente al palacio y ya se disponían a penetrar en él, en busca de su comandante y los demás.

Salnikov les comunicó el fin de Astor *el Cruel.*

Los cautivos liberados también estaban deseando comunicar tan grata noticia a las gentes de los distintos poblados, y corrieron colina abajo, perdiéndose muy pronto de vista.

Sólo Zuma, Laco, Febo y Roto se quedaron con los terrestres.

La atractiva pelirroja se colgó de pronto del cuello de Lars Chandler y trató de besarle en los labios.

El segundo de a bordo de la *TIROX-2001* no lo permitió, claro.

Andrea estaba delante...

Y ya había fruncido el ceño.

El comandante Salnikov sonrió y dijo:

—Zuma desea despedirse de ti con un beso, Lars. ¿Vas a negárselo?

—Bueno, yo...

—A Andrea no le importará, hombre.

Lars miró a su esposa.

—¿Me dejas que bese a Zuma, cariño?

—Bueno —accedió Andrea, entre dientes—. Pero no te pases, ¿eh? —advirtió.

—Será un besito de nada —prometió Lars, y su boca aceptó el contacto de la de Zuma.

No fue un besito de nada, sino un beso de

mucho.

Y Zuma tuvo la culpa.

La joven sabía que era la última vez que besaba al terrestre, y quería sacarle el máximo partido.

Andrea Hughes estaba deseando sacar otra cosa.

La uñas.

Víctor Salnikov, dándose cuenta de ello, rogó:

—Tranquila, Andrea. Es sólo un beso.

—No es un beso, comandante. Es una soldadura labial —gruñó ella.

—Bueno... —carraspeó Salnikov.

—Le advertí a Lars que no se pasara.

—Es Zuma la que se ésta pasando, Andrea, pero no debes tomárselo en cuenta —intervino la doctora Corbu—. Los besos de despedida suelen ser largos y emotivos.

—Sí, claro —rezongó Andrea Hughes.

Lars, que oía gruñir a su esposa, fue separando poco a poco a Zuma de él.

—Adiós, Zuma.

—Lars, Lars, Lars... —pronunció repetidamente ella, con lágrimas en los ojos.

—Siempre te recordaré, Zuma.

—¿Satum opam teb...?

—Tal vez.

—¿Qué te ha preguntado? —gruñó Andrea.

—Yo qué sé.

—¿Y por qué le has respondido «tal vez»?

—Por decir algo, mujer.

—Mira que tú eres un rato zorro, Lars.

—Cariño, por favor... —tosió él.

El comandante Salnikov, la doctora Corbu y los demás miembros de la tripulación reían viendo discutir a Lars y Andrea.

Zuma se separó de Lars y ella, Laco, Febo y Roto, después de agitar sus brazos a modo de despedida, echaron a correr, alejándose del palacio de Astor *el Cruel*.

Salnikov y los suyos subieron a sus naves y regresaron a la *TIROX-2001*.

La gigantesca astronave dejó de girar en torno a Turrog y reanudó su viaje de exploración espacial.

Andrea Hughes abandonó el puente de mando y se dirigió al camarote de Lars Chandler.

Este carraspeó.

—Comandante...

—Ve con ella, Lars —autorizó Víctor Salnikov, con una comprensiva sonrisa.

—Gracias, señor.

Lars corrió en pos de su esposa.

—¡Andrea! —la llamó, apenas abandonar el puente de mando.

Ella le oyó pero no se detuvo hasta que se halló frente al camarote de él.

—¿Abres tú o abro yo? —preguntó a su marido, seria.

—¿Estás enfadada, Andrea?

—No.

—Sí, sí que lo estás.

—Te repito que no.

—Tu cara dice que…

—Abre la puerta, Lars.

—Sí, en seguida.

Lars accionó su mando de control remoto y la puerta se abrió.

Andrea penetró en el camarote.

Lars entró tras ella y accionó de nuevo su mando.

La puerta se cerró.

Sin pronunciar palabra, y de espaldas a su marido, Andrea Hughes se quitó el cinto, las botas, el traje y el slip, y así, completamente desnuda, se metió en la cama, cubriéndose con la sábana hasta la cintura.

Miró a Lars.

Fijamente.

Con un brillo muy particular en sus negras pupilas.

—Andrea… —musitó él, perplejo.

—Vamos, Lars, que ya no tengo sólo unos meses. Vuelves a estar casado con una mujer, no con un bebé. ¿No te sugiere nada eso…? —preguntó, con maliciosa sonrisa.

Luego saltó sobre la cama.

Sobre su esposa, más bien.

La abrazó y la cubrió de besos, diciendo:

—Y yo creí que estabas enfadada…

Ella le cercó el cuello con sus cálidos brazos y le sonrió amorosamente.

—Te quiero demasiado, Lars.

—Yo también te quiero una barbaridad,

Andrea.

—Demuéstramelo.

—En seguida —respondió Lars, y la hizo suya con más ganas que nunca.

FIN